

DAD AU
191
3
CIÓN GE

James /

C 1-1-69

1-3-69

1-6-69

F 139

C 33

33

James /

(James /)

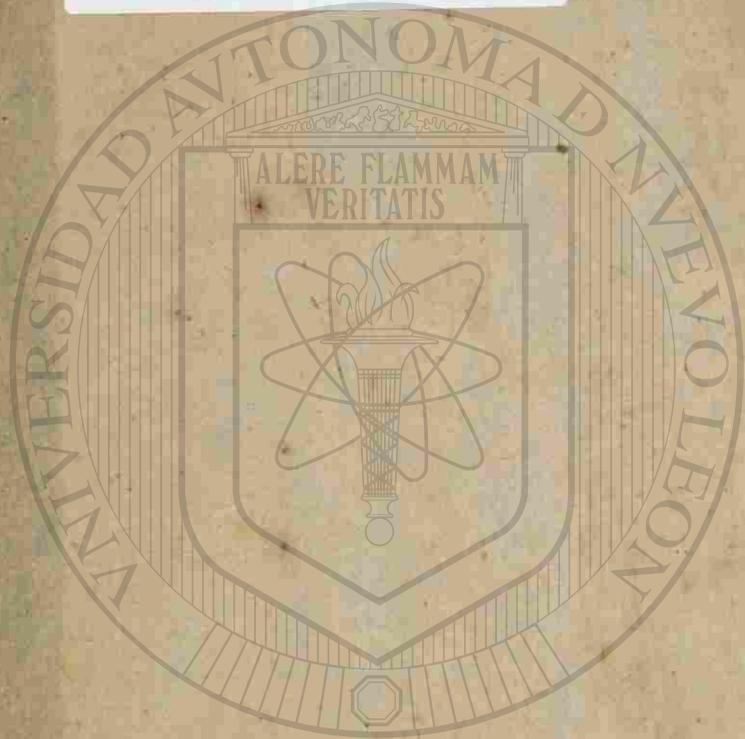
James de Calicut

James /

James /



1080079161



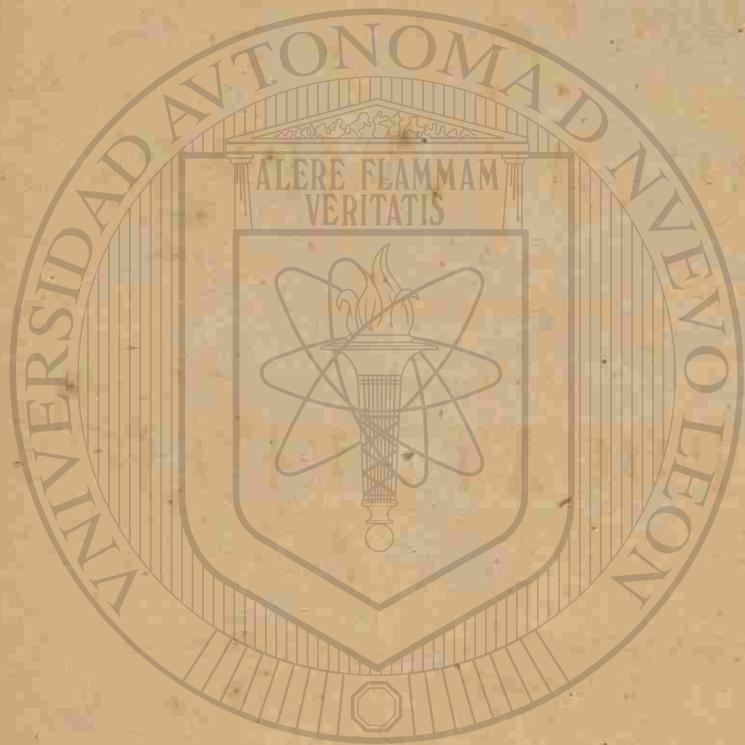
8#80#180

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCURSION

A LA

C A V E R N A

DE

C A C A H U A M I L P A

Y

ASCENSION AL CRATER

DEL

P O P O C A T E P E T L

POR EL

PROFESOR DE PINTURA GENERAL Ó DE PAISAJE
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE
SAN CARLOS

Eugenia Sandesio

ITALIANO

escrita en castellano por el mismo

MEXICO

1868.

IMPR. DEL COLEGIO DEL TECPAM

15231

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

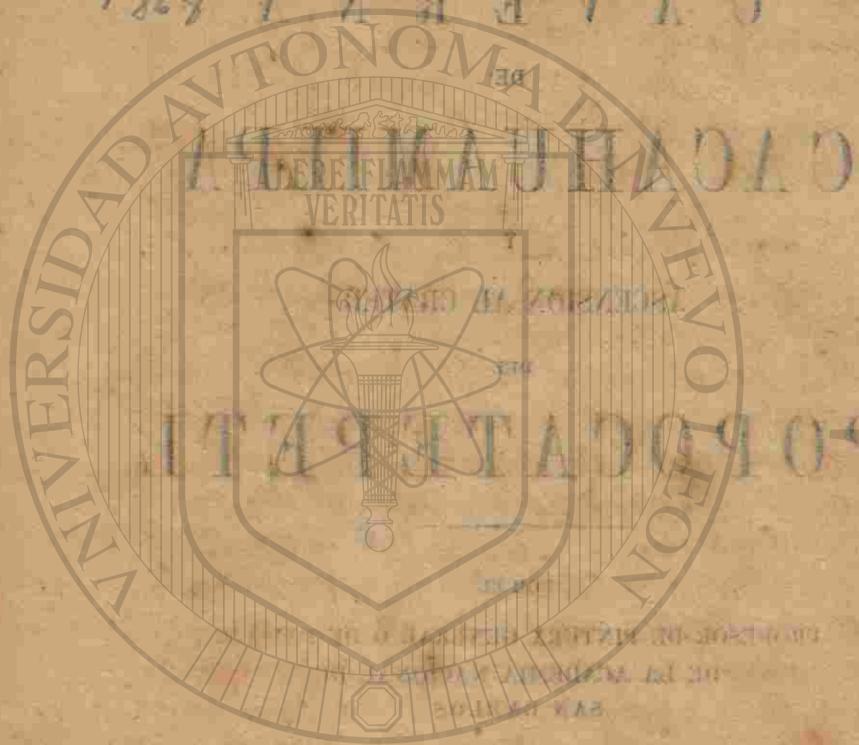
F1391

C33

53

1969 1 2 3 4 5 6 7 8 9

ESCRIBIÓ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

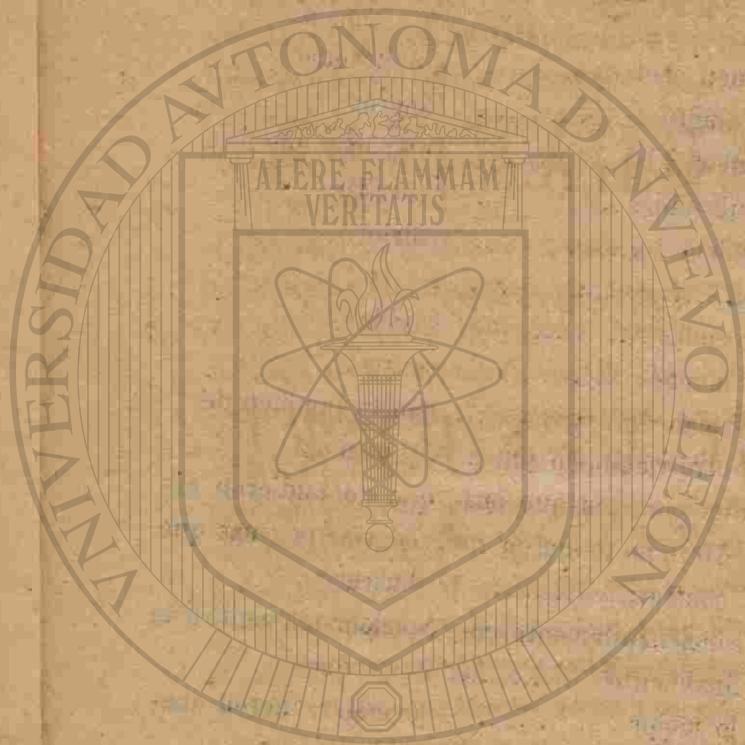


Biblioteca Magna Universitaria
"Raúl Rangel Frías"

ERRATAS.

CORRECCION.

PÁGS.	LÍNEAS.	DICE.	LÉASE.
v...	30....	quen osotros.....	que nosotros
vii...	5....	Paingré.....	Pingret
5...	14....	subir á la.....	subir mas que á la
6...	21....	cubríanlas.....	cubríalas
id...	id....	vidrio.....	vidrio
11...	16....	;.....	,
19...	30....	rozadas.....	rozados
20...	25....	conmigo.....	consigo
28...	7....	llaman de.....	llaman tambien de
id...	8....	, otro riachuelo sin.....	, y otro sin
32...	10....	que por mas que bus- caron no pudieron en- contrar;.....	que no pudieron en- contrar por mas que buscaron;
36...	10....	concienzudamente, im-	concienzudamente é im-
37...	9....	finalmente.....	hasta que
id...	12....	lo mejor.....	lo mejor, fueron aba- tidos.
40...	20....	enaquellas.....	en aquellas
41...	18....	vidrios.....	vidrios
id...	25....	id.....	id.
47...	18....	derrepente.....	de repente
49...	22 y 23	rola ca y.....	la roca y la
51...	11....	compañerosse.....	compañeros se
54...	18....	completamente.....	completamente
id...	19....	qna.....	una
id...	26....	permitian.....	permitieron
58...	25....	locas.....	rocas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PROLOGO.

Ante todo, querido lector, te hago presente que no es mi costumbre pintar con palabras sino con pinceles; además, habiendo yo escrito la siguiente relacion en un idioma que no es el mio, pues que ya te lo dijo la carátula que precede, que soy italiano; por lo mismo, pido á tu fino corazon un favor, no me lo niegues, y es que, antes de leerla, te desnudes de todo rigor, y te vistas de la mas tolerante y benévola indulgencia.

Hace mucho tiempo, y hasta en Roma, resonaba en mis oidos la reputacion de la afamada y extraordinaria caverna de Cacahuamilpa. Estando en México, todos me instaban á que no dejara de visitar dicha caverna, y no pasaba dia, puedo decir, que no oyera ensalzar sus maravillas, lo que aumentaba mas y mas mi curiosidad y el deseo de conocerla, cuyo deseo, pasaron trece años sin poderlo satisfacer: hasta que ahora, estando en vísperas de salir de México para volverme á Europa, á mi querida Italia, á mis hogares, se me ofreció la ocasion de visitarla; y á pesar del peligro que habia de los bandidos y plagarios, acepté el con-

vite del Sr. D. Miguel Noreña, artista escultor, discípulo de mi querido y finado amigo el Sr. Vilar; cuya escursión efectué en las vacaciones de Navidad; pero, al volver de ella tuve que pagar el tributo, no á César, sino á los ladrones, quienes privándome del saco de la ropa, me privaron tambien de varias curiosidades que habia recogido allí; pero me quedó el libro de memorias y lo que tenia guardado en la mente.

En el Museo Mexicano, que fué publicado en 1844, leí el relato de una escursión por la caverna de Cacahuamilpa, hecha en Abril de 1835, en la cual hicieron parte los Sres. barones Gros, secretario de la legacion francesa y René Pedrouville, el Sr. Velazquez de la Cadena y el Sr. D. Ignacio Serrano, dibujante de la expedicion. Dice: que la montaña de Cacahuamilpa se eleva á 6390 piés sobre el nivel del mar; y que en uno de los salones de la caverna, hallaron un cadáver recostado sobre el lado izquierdo, cuyo cráneo tenia ya, en la parte que tocaba la tierra, una ligera y naciente concrecion cristalina; igual fenómeno, dice que observaron en los restos de una vasija de tierra encontrados en los primeros salones, algunos de los cuales se conservan en uno de los mejores gabinetes de historia natural de México. En lo demas de esta relacion, parece mas bien haber seguido el impulso de una imaginacion poética y fantástica, que el de conducir al lector por una localidad que real y positivamente existe.

Cuando yo recorrí la caverna, ningun trazo quedaba de este interesante accidente natural. ¿Adónde se hallará ahora?

Poco tiempo despues, leí en el Boletín de Geografía y Estadística, publicado en 1849, otra expedicion hecha en

25 de Enero de 1846, de la cual hicieron parte mis dos colegas y amigos el Sr. D. Pelegrín Clavé y el malogrado Sr. D. Manuel Vilar, siendo los otros, á escepcion del italiano Sr. Giovannini, todos conocidos míos.

Dice el Boletín, que anduvieron en ella por espacio de siete horas y media; que la recorrieron toda, no dejando ningun recodo sin explorar; que un solo cañon existe, el cual mediante una curva, vuelve á conducir al mismo punto ó cañon primero. Que ningun rio obstruye el paso, que nada impide recorrerla toda, como ellos mismos, nuestros visitantes, creyeron haberlo verificado.

Nada mas fácil que equivocarse en reconocer un sitio de aquella magnitud y no bien alumbrado; basta que el guía lo quiera, les hace tomar un cañon por otro, y asunto concluido, y el hilo ó cordel que han puesto, no sirve mas que para fijarlos tenazmente en su error, en la persuasion de haber recorrido todo.

Nosotros llegamos tambien á los órganos: subimos además una especie de palco escénico de cinco ó seis varas de altura, mientras tanto, algunos alumbradores y otros naturales nos habian adelantado por el mismo cañon que continuaba: los llamamos, y visto que habiamos consumido ya la mitad de las hachas, creimos prudente no proseguir y nos volvimos.

Al retroceso, mis compañeros y la mayor parte de los alumbradores, siguieron el camino que habiamos recorrido; pero mi guía trájome por otro cañon, que á poco andar nos restituyó al primero y nos reunimos á los otros. De manera que los visitantes del Boletín, recorrieron el mismo camino que nosotros, con la diferencia de que no advirtieron que el cañon continuaba adelante, y el escalon que nosotros

subimos les hizo creer que era la pared final y que allí concluía. No vieron los varios cañones laterales, que ciertamente no acababan á las quince ó veinte varas de profundidad, y me pareció que anduviesen descendiendo; no vieron la salida de los dos rios, que no son manantiales que brotan allí, sino que despues de haber recorrido muchas leguas, entran con todas sus avenidas en la montaña, y salen de ella por dos grandiosas y distintas cavernas.

Antes de pasar á otra cosa, es preciso observar que cada visita que se hace á la caverna, cuesta un deterioro grande á las estalácmitas y estalácitas, puesto que se agrega una cantidad de naturales con el fin de romper las concreciones, y vendérselas á los visitantes al salir de la misma. Cuando yo fuí, entró con nosotros una falange de estos señores, los que en lugar de vigilar ó impedir la destruccion, destruian ellos mismos por do quiera las concreciones mas finas ó interesantes, y haciendo las piedras informes oficio de escople y de martillo, destruian mucho para conseguir poco. Otros lanzaban pedradas á las estalácitas que colgaban de las bóvedas, con el fin de romper y hacer caer algun pedazo de ellas. Además, pegaban muy á menudo unos chillidos tales, que nos aturdian. Ojalá se cerrara el ingreso de este museo subterráneo á todos los profanos, que solo entran animados del espíritu vandálico de la destruccion.

El Popocatepetl y el Ixtaccihuatl ó cerro del Muerto, mucho llamaron mi atencion al atravesar los llanos de Perote y de Puebla, así como me habia admirado el Pico de Orizava al subir la cuesta de San Miguel del Soldado. Llegado á México, estuve varios dias sin verlos; como era tiempo de seca, ocultábamelos la bruma; pero no sé si mediante una helada ó lluvia, limpióse la atmósfera, y los ví desde una ventana de

la Academia; desde entonces, prendado de su magestuosidad, concebí á manera de amante, un vivo deseo de visitarlos.

Estaba yo todavía en Roma, cuando un artista francés de bastante mérito, Mr. Paingré, que era muy avanzado en edad, pero todo energía y audacia, hízose llevar, ó mas bien arrastrar hasta la orilla del cráter, en donde *improntó* como pudo, una vista del mismo; la cual, según dicen algunos, no queriendo dar al guia ó peones lo conveniente, abriéronle la caja y se la borrarón, ó se la robaron según otros; resultando de uno ó de otro modo la pérdida de su trabajo. Pero yo me inclino mas á creer, que tanto el robo como la malignidad de borrar la pintura, sea un cuento gratuito para poder decir que la gente es mala, y que lo robaron, ó talvez, única y buenamente para aumentar un episodio mas á su espedicion, ó para poder ensalzar mas el mérito de la produccion que iba á dar á luz. Lo que si puede haber sido, y me ha sucedido aun entre gente decente y culta, es que hayan abierto por curiosidad la caja, y borrado algo para indicar con el dedo alguna cosa; y milita á mi favor, la vista del cráter que pudo presentar poco tiempo despues á la esposicion.

Otro pintor del ramo Particular y de la seccion Historia, el Sr. D. Pelegrin Clavé, director de pintura en la Academia de San Carlos de México, que despues de haber visitado la caverna de Cacahuamilpa, de la cual dibujó y dió á luz algunas litografias, intentó la subida al volcan, pero sus pulmones se le opusieron, y tuvo que renunciar á ella, habiendo tocado apenas las nieves. En dicha escursion subieron varios discípulos de la Academia, algunos de los cuales aún encumbraron y descendieron al fondo del cráter;

pero en calidad de visitantes, y sin sacar apunte ninguno. El fotógrafo francés, Mr. Charnie, publicó algunos años despues unas vistas estereoscópicas del cráter y de la parte exterior de la montaña; y ultimamente el Sr. Obregon, mexicano, pintor particular, y discípulo de la Academia, que subió tambien conmigo al volcán, sacó otras vistas estereoscópicas, no menos interesantes que las primeras.

Al oír relatar de los que habian subido al volcán, los extraordinarios fenómenos, la falta de presión atmosférica, la que dicen forzar la sangre á salir por las narices, por los ojos, los oídos y por los poros, el extremo cansancio, las asfixias, la falta de respiración, el no oírse ó muy poco la detonación de las armas de fuego, de lo imponente del cráter y su abismo, del estenso panorama que desde allí se disfruta, que según dicen, en un día límpido se pueden divisar los dos mares, y mas que todo, del efecto, según me habia asegurado una persona, que con motivo de la corta cantidad de atmósfera existente sobre uno, y su grande rarefacción, hace que en lugar de azulado parezca negro el cielo, se avivó mas mi deseo de visitar el volcán.

Este último fenómeno interesábame sobre todo y le quería averiguar de preferencia; y aunque lo hubiese oído de persona no competente para hacer una apreciación de esta naturaleza, porque aunque buen físico y químico no era pintor; y para tal apreciación se necesita un pintor y un pintor general de mucha experiencia, que sea al mismo tiempo teórico y práctico, porque de otra manera, aunque pintor, estaria sujeto á miles de ilusiones y equivocaciones; sin embargo, habia despertado en mí una duda, y un ardiente deseo, una necesidad de aclararla.

Finalmente, en este mismo año, poco despues de la escur-

sion á la caverna de Cacahuamilpa pude efectuar la del volcán. El Sr. Huitrado, pintor particular y discípulo de la Academia, organizó la caravana, y haciendo cabeza de la misma, tuvo la finura de convidarme si quería hacer parte de ella, lo que acepté con placer. El sábado de Pasión salí de México y llegué á Ameca, luego á Tlamaca, subí al volcán y volví á México con la cara quemada del sol y llena de costras, pero en buena salud y sin contratiempos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

ESCURSION
A LA
CAVERNA
DE
CACAHUAMILPA
POR
Eugenia Landeja
ITALIANO,

PROFESOR DE PINTURA GENERAL O DE PAISAJE
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE
SAN CARLOS.

El 3 de Enero de 1868, á las seis de la mañana, subí al pescante de la diligencia de Cuernavaca, en compañía del Sr. D. Miguel Noreña, escultor, y del jóven Ramon Llano, estudiante ingeniero. Salimos por la garita de San Antonio Abad, y tomando el camino de Tlalpam, pasamos delante del pueblito de Nativitas y de la hacienda de los Portales; pasado el rio de Churubusco, que hallamos completamente seco, atravesamos el pueblo de este nombre. Luego dejamos el camino recto, y cargándonos á la izquierda, pasamos delante de las haciendas de San Antonio y Coapam. Despues, sobre un puentecillo muy bajo, pasamos el riachuelo de Tlalpam, y á poco llegamos á Tepepa, en donde cambiaron los caballos y nos desayunamos.

Entramos en un arenal, pasamos el cauce seco de un río, y á poco el de otro igualmente seco: luego atravesamos el pueblo de San Mateo Shalpa, el cual es pintoresco y grandecillo; pasamos, tambien sobre puente, otro cauce de río muy ancho, plano y seco; poco mas adelante, el pueblito llamado Venta del Arenal; y con otra legua pero de subida, entramos en la poblacioncita de Topilejo, que constituye la segunda posta. Continuamos subiendo, y llegamos al pueblito pobre y pequeño llamado el Guarda, que es uno de los puntos mas elevados del camino, y forma la tercera posta. Almorzamos en una pobre y triste choza, bastante mal, y bebiendo pulque ágrío.

Desde allí la cúspide de Ajusco varia completamente; hice desde el pescante dos apuntes de este monte, y uno de la sierra que tenia á mi izquierda, formando esta y aquel, bellos motivos. Hubiera apuntado otras muchas cosas que el brusco movimiento del coche no me permitió hacer.

Entramos en el bosque, que en el principio era poco espeso, formado de ocotes y algun oyamel; teníamos de uno y otro lado, trozos de pedregales, ó masas de lava, mas ó menos ásperas y elevadas, de las cuales salian unos arbolitos que llaman *tlascal* por el Mineral del Monte, muy parecidos al ciprés, pero de poca elevacion, oscuros y densísimos los cuales, en lugar de templar, aumentan la fiereza de aquellas rocas. Los ocotes iban espesándose, hasta que todo lo invadieron.

Pasamos por entre la Peñuela y el Fortín, masas de lava elevadas en forma de pequeños cerros, que dominando el camino, fueron y son tristemente célebres, á causa de que los bandidos se han abrigado allí muy á menudo, siendo la desolacion de los pasajeros y de las poblaciones cercanas.

En este sitio encontramos la escolta que nos ocasionó algun recelo: nos acompañó por lo demas de la montaña, y hasta pasada la poblacion de Huichilaque. Ví en aquella altura algunas praderas limitadas por el bosque, en las cuales se elevan por aquí y acullá, grandes peñascos de lava negra.

El bosque volvíase mas y mas espeso é interesante: por algunos claros dejábase ver el cono que se observa desde México á la izquierda de Ajusco, que de allí parece ser el lado de una grande pirámide truncada; teníamos á nuestra izquierda otras alturas menos elevadas.

Finalmente, empezaron á parecer casi azules las boscosas cúspides de la hermosa sierra de Huichilaque que se iba haciendo mas y mas bella y cercana, la cual ofrecia hermosos contrastes de líneas y de efecto. Allí empezaron los bellos ejemplares de ocotes, ya con hoja ó cabello largo, ya corto, sus masas eran espesas, grandiosas y bien dispuestas. El terreno era muy movido, ya rojizo, ya blanquisco, ya amarillo, en el cual surgian peñascos que hacian brincar á la diligencia y parecian conjurados para hacerla volcar; pero la pericia del cochero todo lo eludió y venció.

Los ocotes no estaban solos, sino acompañados de una gran variedad de árboles y arbustos, entre los cuales ví varias especies de encinas. Colgaban de las ramas del madroño una cantidad de bolsas ó alcartaces blancos, que parecían de papel ¿quién los habia puesto y amarrado allí? Las orugas: una especie de mariposas, deponen en las hojas del madroño sus huevos, los que nacidos crecen alimentándose en ellas, cuyas orugas se conocen con el nombre de medidores, por su modo de andar; adquirido su tamaño, se reúnen en numerosos grupos, cada cual teje una grande y sólida bolsa impenetrable y capaz de resistir á la intempe-

rie, en donde verifican sus metamorfosis de crisálida y de mariposa. De estas orugas hacen un guisado exquisito, como suelen tambien hacerlo de las que se crían en las pencas del maguey: cada una de estas bolsas contendrá como una media libra de orugas ó mas aún. Además, la tela de estos alcantaces, segun me dijo persona (1) digna de fé, es empleada para hacer flores artificiales; recibe muy bien el color, y es preferible al papel y á la seda para imitar los pétalos aterciopelados de ciertas flores.

Sin mucho descender, atravesamos la poblacion de Huichilaque que es bastante grande, pero muy agreste: seguia empinado el camino, y el bosque muy espeso y variado. Los ocotes repetíanse con menos frecuencia, se volvieron raros y desaparecieron completamente, así como tambien las encinas aunque algo mas abajo; y así los madroños y todo árbol y matorral de tierra fria y templada, para ser sustituidos por los de Tierra Caliente, lo que la hace cambiar completamente de aspecto.

En la transicion de la tierra templada á la caliente y todavía en el bosque, ví á la derecha y á poca distancia un collado desnudo de árboles, del cual brota una cantidad de agua que forma el primer raudal del rio de San Antonio, cuya cascada admiraremos dentro de poco.

Los árboles de tierra fria y templada habian desaparecido, reemplazándolos el *casahuate*, cuyas abundantes espigas de flores blancas, en forma de campánula, es el alimento

(1) Este señor, cuya amistad aprecio muchísimo, es el Sr. Lic. D. Luis Gonzaga Pastor, que tuvo la amabilidad de obsequiarme con una tela natural, de un metro de largo y poco menos de ancho, tejida por las orugas en las trojes del maiz. Este precioso producto de la naturaleza, es bastante compacto, y tan flexible, que pudiera reducirse en una cáscara de nuez.

mas delicioso de los venados; el *paolote* y el *guamúchil* se presentaban tambien de vez en cuando; y en los lugares cultivados, hacian su papel, el *plátano*, *chirimoyo*, *mango*, *mamey*, *chico-zapote*, *zapote prieto*, y muchos otros de que es rica la Tierra Caliente. Llegados al plano, pasamos por enmedio de la poblacion de Santa María, y la hacienda del mismo nombre, despues la de Tlaltenango, y á poco andar, entramos en Cuernavaca.

Tomado el cuarto y aseados un poco, fuimos á la pequeña fonda del Mercado para almorzar, en donde nos trataron muy bien, y con mucha baratura.

La mañana siguiente fuimos para subir al cimborrio de la iglesia que está inmediata, y mas arriba de la parroquia; pero como no se pudo subir á la bóveda de la nave, despues de haber observado un poco desde allí, volvimos á bajar. Subí solo á la torre de la parroquia, que es el punto mas elevado de la ciudad, desde donde empecé á dibujar la vista de los volcanes, con intencion de apuntarme todo el panorama; pero no bien habia acabado de apuntar dicha vista, cuando me llamaron mis compañeros desde el patio para ir á ver el salto de San Antonio; así es que bajé inmediatamente.

Tomamos un camino hácia el Sur Oeste; pasamos sobre un puente alto, un barranco bastante profundo y algo pintoresco, y al encumbrar la loma, entramos en el pueblo de San Antonio, el que se halla de continuo sombreado de muchísimas clases de árboles frutales y platanares. Llegados á la distancia de poco mas ó menos de una legua, nos encontramos con un barranco muy frondoso y profundo, oyendo desde luego el estruendo de la cascada.

Bajamos por una angosta y boscosa veredita, hallamos

en ella un hermoso árbol, de aspecto y color parecido al fresno, pero de hoja sencilla, su nombre es *cuasasanaca*, que el guía quería bautizar como fresno: hallamos otro árbol con hoja parecida á la del sauce; pero la mitad mas chica, y nos dijeron llamarse *hajajote*. Siguiendo la misma vereda, vimos la cascada, que se nos presentaba de un modo muy interesante, formando un bonito y misterioso conjunto; ya me disponia para apuntarla, pero habiéndome dicho el guía, que se podia, sin bajar mucho, pasar del otro lado del barranco y detrás del salto, suspendí, y fuíme tras él.

Pasamos primero bajo de un grupo de columnas basálticas que salian afuera en disposicion horizontal, encorvándose un poco hácia arriba; luego un arroyo que salia debajo del mismo grupo, echándose inmediatamente en la profundidad. Nos metimos despues por una gruta detrás de la cascada, la cual fué escavada por el mismo rio. El agua, saltando delante de nosotros, nos abrigaba del aire con una viva vidriera, la que poco mas abajo rompíase acabando en espuma en el fondo del barranco. Parte de la misma agua, siguiendo las raíces de unos árboles que colgaban verticales, cubríanlas como con tubos de vidrio; mientras que otra parte bajaba en forma de columnas, de varas y de cordones de cristal; otra chorreaba hácia adentro, conducida por el cable de Venus, que parecia el bigote cubriendo el lábio de una boca abierta de gigante. El umbral de la gruta, ostentaba con sus musgos, los mas vivos y tornasolados verdes: el sol finalmente, pasando á través de este cristal en continuo movimiento, producía una cantidad de luces y de sombras animadas, comunicándole vida, y un no sé qué de fantástico, que no parecia cosa real; eso era un sueño, un mirador de hadas.

Atravesada la gruta, disfruté del otro lado del barranco, de la mágica y encantadora vista de la cascada. Hice algunos apuntes, pero talmente abreviados, que si no los desarrollo pronto, antes que se me borren de la imaginacion, dudo que pueda aprovecharme de ellos.

Vueltos á Cuernavaca, nos fuimos á entregar varias cartas de recomendacion, cuyas personas se pusieron al instante en accion para sernos útiles; un señor escribió una, encomendándonos al hacendado de Cocoyotla: otro mandó varias personas en busca de caballos, y otro encargó las antorchas y los cohetes de luz.

Despues me retiré para escribir dos renglones á mi amigo Clavé, los que llevé yo mismo al correo.

Siendo ya noche, dimos unas vueltas por la plaza y la alameda; en esta habia paseo, y animábale una música del país, formada de una flauta, una corneta, un bandolon, y una especie de castañuela que producía un chasquido algo parecido al de la cigarra.

El dia siguiente, fué perdido en conseguir los caballos y en activar los cohetes. Al mismo tiempo visitamos el jardin Borda, que nos habian dicho ser el mas hermoso de Cuernavaca, el que hallamos en completo abandono: visitamos tambien la huerta del Emperador en Acapancingo, en donde dicho príncipe habia empezado á edificar una casa, que no tuvo el gusto de ver concluida: la hallamos igualmente abandonada, hecha un bosque. Esta localidad, como tambien el pueblo de San Pablo, son muy fértiles, frondosos, y se hallan, sobre todo, hermosos platanares.

A la madrugada del otro dia, nos pusimos en camino para Meacatlan, tomamos hácia el Sur Oeste, y nos desayunamos en una choza perteneciente á la hacienda de Te-

miscio, en la que tomé dos panes, y cuatro tazas de leche. A las dos leguas, poco mas ó menos, pasamos sobre puente el rio de San Antonio, que corria entre piedras en un barranco profundo; pasamos tambien sobre puente otros barrancos de menos importancia, y despues otros sin puente, y todos secos.

El árbol mas abundante por aquel camino, fué el casahuate, hallándose de vez en cuando, algunos *paolotes* y *guamúchiles*. Otro árbol nos llamó la atención, el cual por lo pronto, y por sus grandes frutos que colgaban de los ramos, nos pareció mamey; á la sazón hallábase despojado de sus hojas; nos acercamos, y vimos en su tronco y ramos fuertes espigas: el mozo trepó en él, y cogió algunos frutos, y quebrado uno á taconazos, lo hallamos muy lleno de un algodón blanco y finísimo, parecido á la seda por su lustre, cuyo algodón estaba ligeramente adherido á unas semillas del tamaño de un chícharo, redondas, negras y lustrosas, que ocupaban la parte central del fruto. La cáscara tendria tres ó cuatro líneas de espesor, y dividida en cinco gajos, los que, maduro el fruto, se desprenden y caen de por sí, dejando á descubierto el algodón; en este estado parecen grandes flores blancas y relucientes. El algodón se va volando poco á poco, y deja caer por aquí y acullá las semillas. Este árbol se llama *pochote*.

Hallamos por allí otra fruta completamente esférica, y del color de la del madroño, pero lisa y del tamaño de una grande cereza ó de un pequeño tejocote: el arbolillo tenia muchas y estaban en sazón; su sabor tenia un dulce agradable; el hueso del tamaño de un grande chícharo; esférico y liso.

De repente nos hallamos delante del barranco del rio Toto, amplio y frondoso, en el cual admiré unos árboles de

un verde sumamente vivo y claro, que contrastaban con otros corpulentos de hoja muy deusa y oscura: los primeros, nos dijeron llamarse *frutillos* y los otros *zapotes prietos*. El rio no tenia puente; los guijarros que ocupaban su cauce eran muy grandes; no traia mucha agua y lo pasamos á vado. Sobre las piedras que se hallaban en seco, observé una cantidad de arañas grandes, que no eran tarántulas, no tenian tela y parecian disfrutar del *dolce far niente* calentándose al sol.

Subimos una loma bastante alta, cuya cadena acompaña el barranco del rio que acabamos de vadear; en ella se hallan las ruinas de *Xochicalco*, las que aunque de prisa visitaremos al volver.

Recorrimos un buen trozo de empedrado de los antiguos indios, cuya circunstancia dió el nombre de Empedrado al pueblito que allí se halla.

En este sitio me llamó la atención un árbol, el *cuautecomate*, cuya hoja es chica, grasa, y la forma de su corte muy particular pero algo parecida á la del tamarindo. Produce unas frutas esféricas completamente adheridas al tronco y á los ramos, como lo estan las agallas á las encinas, pero se desprenden con mucha facilidad; su tamaño es algo mayor que el de una naranja grande, y su aspecto exterior liso, y parecido al de las calabazas que llaman *guajes*; su cáscara (el epicarpo) es sólida, y se podrian hacer de ella hermosas jícaras; ésta encierra una sustancia glutinosa (el sarco carpo) del color del melado, la que envuelve las semillas que son muchísimas, negras y afectan la forma de un corazón: estas frutas bien pueden pesar cada cual, cerca de libra y media ó dos; y nos dijeron ser muy buenas para curar litos y la tisis.

Seguimos por buen trecho á recorrer la loma que hallábase cubierta de yerba alta, espesa y seca, desde donde descubrimos el Nevado de Toluca, el que teníamos á Noroeste. Del otro lado, es decir, á Suroeste, vimos un hermoso valle sembrado de cañas, y á poco atravesamos el pueblo de Meacatlan y entramos en la hacienda del mismo nombre, cuya hacendado nos trató con mucha urbanidad y confianza.

Esta hacienda tiene un grande y hermoso jardín en el cual ví los mas corpulentos y elevados mangos; hermosas plantas de piña-anona, cidra, toronjas, bellos y altos cocoteros, zapotes prietos y una especie de limoncitos del tamaño de un chícharo.

Después procuramos conseguir caballos para ir á la hacienda de Cocoyotla, pero nos fué imposible por aquel día, y salimos en la tarde del día siguiente.

Nos dirigimos hácia el Suroeste; á una legua y media pasamos el Telele, que es un río con un cauce grande y con muchos y grandes guijarros; no tenía mucha agua, pero nos nos dijeron ser muy peligroso y traidor en sus avenidas. Después pasamos otro y entramos en la bonita y agradable poblacion de Tetecala, puesta á la orilla de un río bastante grande que descende de Chalma: por allí ví muy bellos motivos tanto de vejetacion como de chozas, y hermosas seivas, cuyo árbol le llaman por allí *higueron*. Luego nos dirigimos casi hácia el Poniente, ladeando y viendo mas ó menos de cerca el mismo río; pasamos por la poblacion de Acuatlan del Río siendo ya oscuro, y con otra legua de camino descendimos á la hacienda de Cocoyotla. El hacendado y su señora, recién casados, nos hospedaron y trataron muy bien.

La mañana siguiente pudimos conseguir unas bestias, y á cosa de las ocho nos dirigimos para Cacahuamilpa. Pasamos sobre un grande puente de varios arcos y casi nuevo, el río de Chalma, cuyas orillas estan sombreadas por hermosas seivas; y casi inmediatamente y sin puente el barranco del Diablo, muy ancho y que debe ir sujeto á muy fuertes avenidas; su cauce lleno de guijarros estaba completamente seco. Pasamos después el apantle llamado de la Presa, derivacion del espresado barranco: poco después el arroyo de los *Sesentles*; á otra legua el de las Joyas, y por último, el de Sta. Teresa, y todos á vado; hallamos la montaña, y con otra legua de una subida pedregosísima llegamos al pueblo de Cacahuamilpa, que nos dijeron no llegaba á tener cien almas. Esta localidad, á pesar de lo pedregoso, es muy frondosa y pintoresca; allí se hallan muchos *anomos*; árbol corpulento cuya hoja es parecida á la del chirimoyo, pero menos grande, de un verde mas oscuro, muy tupido, y forma grandes y hermosas masas: se dá allí tambien mucha lima.

Nos guisaron una poca de carne, que apesar de la mucha hambre que tenía la hallé muy dura; agua con aguardiente fué la bebida. Después de haber hablado al Sr. juez, pagado para ocho alumbradores, dos guias y los derechos de entrada en la caverna, nos dirigimos á ella. Una angosta y pedregosa vereda nos condujo á un barranco poco profundo y sin agua, en donde ví un envite de gruta, que por lo pronto creí ser á la que íbamos; esta se hallaba al lado de un pequeño torrente pero seco que en tiempo de aguas debe destargar una parte de ellas en dicha gruta. Después de haber subido un poco nos hallamos delante del verdadero ingreso y nos apeamos.

La boca de esta caverna, mirando adentro, es bastante pintoresca y grandiosa, y las quebraduras de las piedras de buena forma. Unos árboles sombrean y esconden un lado del ingreso, el cual es muy hediondo, por el estiércol de una cantidad de murciélagos que viven allí; lo que mas adentro desaparece completamente.

El ingreso es el segmento de un grande arco natural llenado posteriormente con una materia ménos dura, en la cual empezaria la vegetacion á abrir alguna hendidura que que las lluvias, los animales y los hombres aumentarían hasta el punto en que ahora se halla, que es la parte de enmedio. Este segmento podrá tener una cuerda de ocho á diez metros con una normal de dos ó dos y medio aproximativamente la cual forma una especie de ventana muy irregular, único ingreso conocido hasta ahora por el cual se entra y sale.

Se baja á ella por un descenso muy empinado formado por los detritos de la misma roca, grandemente aumentada con el fimo de los murciélagos que lo han puesto de tal manera polvoso que se sumen los piés: hallándose aquí y acullá peñascos salientes. Una clase de helecho muy parecido al cabello de Venus, con la diferencia que este es mas grande, mas sencillo, los palitos y los nervios no son negros como en aquel sino del mismo color de la hoja. El cabello de Venus viste parte de la bóveda y de las paredes. Dicha vejetacion va disminuyendo y acaba antes de que concluya la luz.

Bajado el descenso se halla uno en un vasto y prolongado salon, ó mas bien en la nave mayor de una de nuestras no menores iglesias; siendo la bóveda casi semicircular,

aunque las paredes no guarden un aplomo ni un paralelismo escrupuloso.

Esta caverna ó mas bien grande galería, está sujeta á modificaciones, ya sea ensanchando, ya angostándose, ya á subidas y bajadas, ya obstruyéndose por las estalágitas dejando algun pasadecito muy angosto; ya por la forma de las estaláctitas y estalágitas mismas, y ya por los accidentes que han acaecido, dieron á aquellos tramos diferentes denominaciones, como la del salen del Chivo, del Muerto, de los Monumentos ó Panteones, etc.; cuyas localidades dentro de poco recorrerémos.

La caverna no forma un cañon único, sino se reparte en otros, formando un grandioso laberinto; en el cual, acabándose las luces no hay esperanza de salir de él; por eso, pocos son los que entran en ella sin el socorro de una abundante cantidad de hachas y de mecate, para poder encontrar el camino recorrido. Hasta ahora no hay ninguno que conozca la planta de este gigantesco laberinto.

Yo hablé á personas que me han dicho haberse detenido en la caverna quien 8, quienes 13 y hasta á 15 dias, bien abastecidos de hachas, de provisiones de boca y de mecate; pero no de puentes, de escalas de cuerda para poderse descolgar y trepar como tampoco de canoas. Ninguno de ellos pudo llegar al fin, ni á ver por otra parte la luz del dia que dejaron al entrar en ella; solo volviendo sobre sus pasos por el agujero ó ventana por donde entraron. Uno de estos dijo, que un rio caudaloso y rápido le habia cortado el camino; otro una laguna, y un profundo despeñadero otro. De lo que resulta que los tres, si no mintieron, tomaron diferente direccion.

Se sabe que, dos rios entran y recorren las entrañas del

monte, y salen por distintas cavernas á poca distancia una de otra: de manera, que cinco ingresos conocidos hay para el interior del monte, y solo uno ha sido practicado y solo hasta una cierta distancia, que segun nos dijeron los guías, es triple de la que recorrimos nosotros, que no llegará tal vez á una legua; de manera, que la parte mas interesante, mas grande, mas variada y mas pintoresca, nos está todavía escondida.

Sin embargo, lo poco que he recorrido, tiene mucho interes, hallándose en él estaláctitas que colgando de las bóvedas forman hermosas arañas de variada y caprichosa forma; otras, tapizando con extravagantes dibujos las paredes, dan ideas de troncos y raices, las que á veces se unen haciendo un cuerpo comun con las estalágmicas. En algun tramo, enormes estalágmicas se elevan imitando torres, ya pirámides y conos, todos de mármol blanco; en otros bordados que tapizan el suelo; imitando en otros los troncos de los árboles y las plantas herbáceas; en otros, nos presentan modelos de candelabros; y finalmente, hubo lugar en que ví una cantidad de peñascos amontonados confusamente unos sobre otros, ofreciéndome la idea triste de la destruccion.

El aire en ningun lugar está viciado, y aunque no se advierte en las hachas ningun movimiento, arden siempre muy bien; de manera que deben haber aberturas escondidas que comunican á la caverna nuevo aire. Yo, al aproximarme á la montaña, vi en ella varios agujeros y envites de grutas, que es muy fácil tengan comunicacion con la principal.

El suelo polvoriento al principio, se vuelve húmedo, y hasta lodoso, á causa de las gotas de agua que de continuo caen. Desde luego se empiezan á ver concreciones estalág-

mitas y estaláctitas, una de las cuales, que se halla en el lado izquierdo, afecta la forma de un chivo sin cabeza y en pié; y no es difícil que encierre en sí el esqueleto ó la momia de este animal; cuyo accidente otorgó á este trecho de caverna la denominacion de *Salon del Chivo*. (1)

En el suelo se va formando una especie de bordado ó encaje, cuyo cordoncito puede ser ya mas ya menos de una cuarta, escediendo en algunos puntos mas en altura; este va adornando el suelo con un dibujo muy caprichoso y siempre variado; las gotas de agua fueron y continuan siendo el hilo, y el gancho que le bordó el tiempo.

De la bóveda, que en algun punto puede alcanzar la altura de la de la catedral de México, descuelgan grandes arañas, las que no son doradas ni de cristal sino de mármol blanco.

Subiendo un poco, se atraviesa un largo trecho de puros peñascos de todas dimensiones, ya firmes, ya movedizos, sumamente incómodo de recorrer, el cuál va descendiendo y no puede ser otra cosa que una bóveda que vino abajo, y á pesar de que gotea el agua, no se ve sobre ellos ninguna concrecion, lo que prueba ser de una época mas reciente que la del bordado. A este tramo diéronle el nombre de Pedregal, en el cuál no faltarian bellas cosas, pero, como

(1) Esta interesante concrecion, (la del Chivo) me han asegurado personas fidedignas, que hallábase, no ha mucho, entera, con su cabeza; y ya corria este siglo, cuando unos americanos, que visitaron la caverna, prendádose de la originalidad de esta estalágmica, sin mas ni menos troncórale la cabeza y leváronselá á los Estados Unidos: ¿Cuál interes no tendria, para decidirlos á romper y llevar consigo un objeto tan pesado y estorboso? A lo menos, ya que habian cometido este vandalismo, nos hubiesen dicho si era natural ó artificial el objeto que dió principio á esta concrecion. ¿Quién sabe si ahora, este precioso fragmento enriquezca alguna coleccion privada ó algun museo público?

es sumamente incómodo, se procura no levantar la cabeza, ni los ojos de los piés, para salir de él lo mas pronto posible y sin desgracia.

Luego se llega al *Salon del Muerto*, cuyo nombre lo tuvo por haberse encontrado allí el cadáver de un hombre completamente desnudo, con el de su perro cerca de él; y aseguran que habiendo ya consumido todas sus hachas, quemó aun su ropa para conseguir mas luz y salir de la caverna; pero no fué bastante. ¿Cuáles serian sus ansias? fué víctima de la oscuridad.

Luego se entra en el salon llamado del *Tronco de Palma*, por una estalágmite muy elevada parecida al tronco de una palma, esta concrecion es blanca y muy parecida al mármol estatuario de Carrara, en otros los cristales son mas grandes, é imitan mas bien al mármol griego. Varios, y aun muchos ejemplares encontré de troncos de palma por el trecho de caverna que recorrí, pero todos de menos altura. Hermosos trozos de esta concrecion adornan la capilla de la hacienda de Cocoyotla.

Subido un escalon natural, bastante alto é irregular, se entra en el salon llamado *De las Coliflores*, ó mas bien, segun otros, *De los Candelabros*; pues se aproximan mas á estos que á aquellas. De la bóveda cuelgan grandes estaláctitas en forma de colosales arañas de mármol. Por allí parten varios cañones que solo Dios sabe adonde irán. Por entre las estalágmities que se apoyan á la pared se forman algunos tanquecillos de agua muy cristalina y de buen sabor.

Se debe advertir que el bordado ó encaje que adorna el suelo, continúa por todos estos lugares ó salones, excepto el *Pedregal*, el cual, siendo mas reciente, lo sepultaría bajo de sí.

Una estalágmite alta como un medio metro, que llaman la Mina, tiene un aspecto y brillo totalmente metálico, y su forma, que imita la de un pan de azúcar, está formada de una cristalización menudísima, que vista de cerca, es parecida á los pequeños diamantes con que cortan el vidrio.

Hallamos una grande estalágmite, que en forma de una pared fantástica, nos obstruyó el paso; pero el guia halló por donde hacernos pasar, encorvándonos algo, y entramos en el *Salon de los Monumentos*, que algunos llaman *Panteones*, por ser negras las paredes, de las cuales se desprenden en masa clara unas grandes estalágmities en forma de pirámides y de conos de varias dimensiones y alturas; no faltando tampoco en este lugar ni los candelabros, los troncos de palma, ni las estaláctitas en forma de arañas, y el encaje en el suelo. El negro de las paredes es superficial, es un tizne, el cual aprovecharon para escribir, rascando con la punta de la navaja, muchos nombres, entre los cuales hallé los de mis amigos Vilar y Clavé; hallé tambien el de la Emperatriz Carlota y otros.

Finalmente, llegamos á los órganos, que son unas grandes estalágmities que imitan la forma de este instrumento; pero se parecen aun mas, á los grandes pitayos arbóreos, que se hallan por los cerros de Atlisco y Matamoros de Izúcar; los que alumbrados con las hachas, y con los fuegos de bengala, producian un efecto mágico.

Allí, la bóveda es sumamente alta; dos grandes cañones parten casi en ángulo recto del principal, formando una especie de cruz, y me pareció, como tambien los otros ramales, que anduviesen descendiendo. Luego subimos una especie de palco escénico, pero grandioso; elevándose como

de 5 á 6 metros, con anchura y altura proporcionada la boca de ópera, cuya profundidad no se conoce aún; y por la piedra que lo forma, algo redondeada, parece haber sido, en tiempos muy remotos, y tal vez anteriores aun á las estalágmias, el cauce de un rio; el cual decorado con el estruendo, la oscuridad y el pavor habrá representado allí alguna escena de infierno: y quién sabe desde que tiempo la escena mudó. Ahora es otra cosa; el mármel en forma de órganos está representando.

Habíamos recorrido como una legua de aquel subterráneo, con el auxilio de hachas, cohetes de luz, y fuegos de Bengala: estos últimos, habían sido preparados de antemano por nuestro amigo el Sr. Profesor Villamil, el cual, por causa de una angina que le atacó el dia anterior, nos privó del placer de tenerle por compañero en la escursion: á estas luces en particular debemos el haber podido apreciar aquellos grandes espacios, y todos aquellos maravillosos accidentes de la naturaleza.

En este sitio, varios alumbradores nos habían adelantado bastante por el mismo cañon que continuaba, pero algo tortuoso, mientras que otros se fueron ocultamente y los vimos poco despues trepados por aquí y acullá, en las asperezas de aquellas paredes á manera de arañas, rompiendo y abasteciéndose de concreciones, para vendérselas al salir. Los llamamos repetidas veces con cuanta voz teníamos, pero no volvieron sino despues de haber concluido su cosecha destructora: entonces, visto que habíamos ya consumido la mitad de las hachas, creimos prudente no ir mas adelante, y nos volvimos.

Habiendo descendido y no sin dificultad aquella especie de palco escénico, el guia, como ya lo indiqué en el prólo-

go, me hizo pasar por otro cañon, y sin andar mucho, me encontré en el primero, y me reuní á la comitiva. Despues de haber recorrido las localidades que acabo de describir, vimos una luz azulada, muy débil, casi imperceptible, la cual poco á poco se fué aumentando; era emanacion de la del dia que nos invitaba á salir; cuando que vimos en alto aquella especie de ventana natural, el agujero por donde habíamos entrado, y el azul puro del cielo que hacia un agradable contraste con la luz tétrica, amarillo rojiza de las teas, tal que al salir, parecióme pasar del sepulcro á la vida, de los infiernos al cielo.

Eran las cinco y media de la tarde, y queríamos ver la salida de los dos rios; el guia que debía conducirnos, no queria que bajaráramos á caballo, pero á uno de los compañeros que era bastante jinete, le pareció ponderacion del indio, y así montamos los tres á caballo con el guia adelante y á pié. Bajamos un barranco por un senderito muy angosto y derrumbado, con peligro no tan solo de resbalar, sino de quedarse prendidos, como con un tenedor, entre los ramos de los árboles: finalmente, aun el jinete juzgó prudente no buscar por mas tiempo tres piés al gato, y se apeó.

Entregados á un peon que nos seguia los caballos, descendimos lo mejor que se pudo, ya agarrándonos de la roca, ya de los otates y otras ramas que se nos ofrecian al paso; y llegamos finalmente al cauce del rio, en donde, ya trepando y ya brincando sobre peñascos grandes, chicos y de todas dimensiones y formas; algunos redondeados mostraban estar allí desde mucho tiempo y que habían sido rozadas muchas veces por el agua arenosa de las avenidas; otros con sus aristas angulosas y ásperas indicaban ser

recien caídos del despeñadero. Trenos secos, podridos, estaban aglomerados con desorden ya por debajo, ya encima de los peñascos; en los que arraigábanse caprichosamente árboles corpulentos y frondosos, que las llanas espezaban más y más, formando celdas verdes y vivas, impenetrables á los rayos del sol y á los aires. El oficioso otate que surgía por doquiera de los agujeros que resultaban entre peñazco y peñazco, nos ofrecía el sosten evitándonos muchas caídas.

Llegados á la orilla del agua, ví el desemboque del río San Gerónimo que salía de una grandiosa y pintoresca caverna. Su agua era amarilla y turbia, como suelen tenerla los rios en las avenidas; pero hacia mucho tiempo que no llovía ni cerca ni lejos; el guía me aseguró ser éste un caso fortuito, pues que por lo comun es clara. La escena era grandiosa, imponente, y de buena gana me hubiera sentado allí para considerar tranquilamente y á mis anchas aquella locatidad tan salvaje; pero la luz nos iba faltando y fué preciso seguir al guía que habíame adelantado río arriba. Subido un poco el cauce por iguales asperezas, me hallé delante de otra caverna aun más grandiosa que la precedente: estaba colocada un poco más en alto y en ángulo recto con la otra: el río de Tenancigo ó de San Pedro, salía de ella, y corría con más violencia azotando y rompiéndose por los peñascos, para reunirse ó más bien alcanzar y llevar conmigo al de San Gerónimo.

Allí quedé más y más admirado al ver que también las aguas de este río eran del mismo color, turbias y amarillas. ¿Cuál sería la causa de este fenómeno? (*)

(*) Puede ser que numeroso ganado hubiese pasado enturbiando al mismo tiempo los dos rios poco ántes de esconderse en el monte:

Hacia rato que se habia puesto el sol, el crepúsculo iba perdiendo más y más su luz, y fué preciso obedecer al guía que nos instaba á volver y nos volvimos. Subimos por la misma vereda que habíamos descendido, y entumbrado, montamos á caballo y llegamos al pueblo de Cacahuamilpa ya de noche. Fortuna fué que la luna era casi llena y muy clara. Favorecidos de esta luz romántica, y de un fresco sumamente agradable, bajamos felizmente la cuesta. Pasamos los arroyos que ántes nombré y el río de Chalina y llegamos á la hacienda de Cocoyotla á las diez de la noche.

Tocamos récio el zaguan, y nos contestó un múltiple ladrido de perros; habiendo esperado buen rato, y no oyendo contestación humana seguimos tocando, pero récio, muy récio, y siempre con el mismo resultado, ladridos de perros y no más. Esploramos si pudieramos pasar por alguna hoquedad y hallamos una en que pudiera pasar no sin trabajo un hombre y nuestro compañero más jóven, Llano, paso primero, no sin recelo mio, de que se le abalanzaran y le lastimaran los perros: nada de eso, por fortuna eran cobardes, y tan luego como vieron asomar la cabeza por la hendidura se fueron; abierto el zaguan, pasamos yo y Noreña y nos fuimos á la casa. Vimos el cuarto que nos habian asignado la noche anterior, habia luz en él, pero habia desaparecido. Llamamos, tocamos, sin tener contestación alguna; fuimos á la puerta que conducía al interior de la casa, vimos una luz, tocamos igualmente, se nos contestó algo, pero no entendimos lo que dijeron; y esperado allí buen rato sin que la puerta se abriera, volvimos á tocar el balcón de nuestra pieza, éste tenia un barandal de madera

ó más fácil aún, que enturbiado uno de ellos, se reunan y mezelen en el interior de la montaña volviéndose á dividir ántes de su salida.

bastante fuerte, el que pudimos alcanzar con las manos, y tocando muy r eico   la ventana nos contestó la criada, preguntándonos, pero sin abrir, si éramos los que habian ido   la gruta, y contestándole que sí, nos abrió la ventana por la cual trepando entramos los tres.

Allí hallamos que una de las tres camas estaba invadida por un calenturiento;  qu  le habría parecido? se creeria sin duda acometido por los ladrones. Mis dos compañeros tuvieron la cortesía de dormir juntos para dejarme   mi solo en la cama.

El día siguiente no habiendo conseguido caballos tuvimos que pasarlo all . Salimos al otro día   las ocho y llegamos   Mecatlan cerca de las dos. Allí comimos y visitamos las labores del azucar y en la noche nos llamaron   fin de que presenci ramos la sangría, para no se que pieza de metal que fundian; la escena fu  pintoresca y agradecí mucho la invitacion.

Al día siguiente salimos   las cinco y media de la mañana y llegados al pueblecito del Empredado, apoyamos   izquierda y subimos   ver las interesantes ruinas de *Xochicalco*; pero hubieran necesitado varios dias para recorrerlas todas, ocupando un espacio bastante grande   incómodo de recorrer. Dibujamos all  alguna cosa, continuando despues nuestro camino.

Pasamos por otro punto el rio Toto, es decir mas arriba; y luego el de Barranca Honda que confluye en él. Seguimos apoyándonos mas   Poniente; pero tuvimos que buscar el sendero para hallar el pasaje de los barrancos. El guía quiso hacernos abreviar sin conocer bien el camino, y empleamos mucho mas tiempo de lo que deb eramos, y con peligro de desbarrancarnos, particularmente al pasar el

del rio S. Antonio, que debimos apearnos y llegados al fondo pasar la corriente sobre una viga apoyada en las peñas; Noreña y el guía pas ronla   vado. El agua pasando por entre peñascos, formaba motivos pintorescos y salvages. Montados   caballo y encumbrado, encontramos   poco el camino real, y con otra legua y media de camino entramos en Cuernavaca, siendo ya las tres de la tarde. Allí tomamos los asientos de la diligencia, comimos y nos retiramos   descansar y dormimos sin cuidarnos de la cena.

Al día siguiente volví   subir   la torre de la parroquia, y en la tarde, mientras que mis compañeros volvian al jardin Borda, fu  solo   ver los manantiales llamados los Ojos de Gualupita, los que se hallan   media legua al Norte de la ciudad.

Me dirigí h acia dicho punto, y llegado al pueblo y molino de S. Miguel, pas  un profundo y l brego barranco, en cuyo fondo columbr base un arroyo que jugaba entre paredes de roca ya rompiéndose, ya formando estanques: el puente, cuyo arco se apoya sobre rocas verticales, además de servir al tránsito, sostiene dos acueductos, uno   la altura del pretil que trae mas de un buey de agua y el otro sobre arcos y conduce el agua potable para Cuernavaca. Ambos acueductos se surten de un mismo manantial, cuya agua   no ser encerrada, embelleceria aquella localidad con una serie de cascadas. La combinacion del barranco, del puente y los acueductos dan   este sitio un aspecto muy pintoresco.

Se sube la loma y se atraviesa una garganta traspasada de otra arquería del mismo acueducto, y ya próximo   encumbrar se halla otro molino y en la mera cima del collado una especie de pedregal del cual brota por muchos

ojos y se reunió un límpido riachuelo, el que vimos pasar sobre el puente recogido en dos acueductos.

Un bosquecillo formado de muchas especies de árboles jóvenes y adustos, y un hermoso platanar sombrean aquel atractivo y pintoresco lugar: la cordillera boscosa de Huichilaque que se halla en lontananza, mucho le aumenta el interés artístico.

Yo hubiera querido ver mas de cerca, é internarme por los cerros ásperos y cortados que se observan en dirección del Popocatepetl, los que desafian y con ventaja al Montserrat de España.

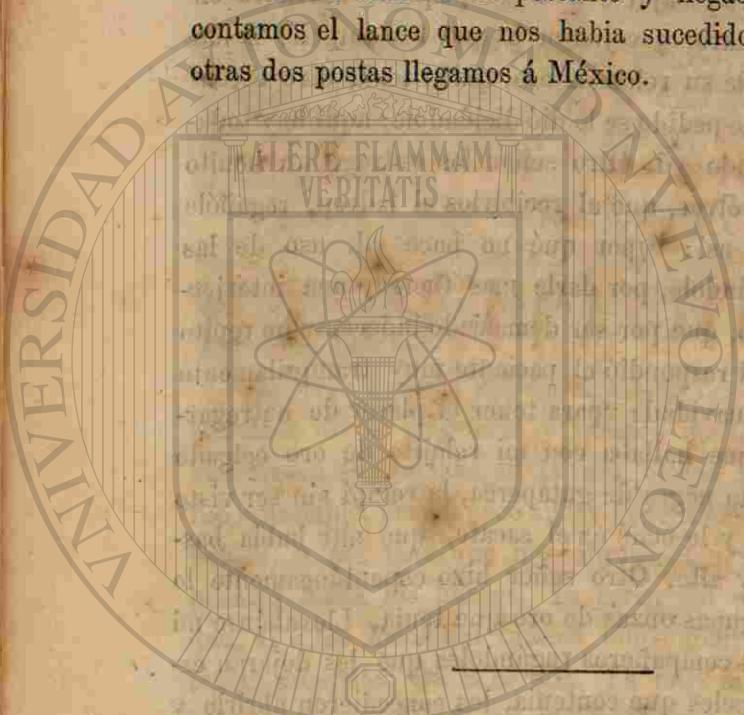
A las tres y media del día siguiente nos sentamos en el pescante de la diligencia y salimos de Cuernavaca. Un aire fresco nos soplabá en la cara, el que al principio nos fué agradable, pero á poco andar lo sentimos frío, muy frío, helado, y por mas que nos abrochamos y tapamos, nos penetró hasta los huesos. Ya cerca del empezar el bosque, ví á los lados del camino unos hombres á pié, que tenían escopeta; era la escolta. Ya muy en alto nos amaneció, y vimos salir el sol en Huichilaque. Allí encontramos la escolta á caballo que nos acompañó hasta el Guarda, en donde almorzamos.

Sentado en el pescante, la diligencia se puso volando; mientras tanto uno de los compañeros alegrábase de que no nos habian robado: "no digas cuatro hasta que esté en el sacco," dije para mi capote. Nos hallábase ya como á un cuarto de legua de Topilejo, cuando vimos delante del coche un señor con la cara tapada con un pañuelo, muy bien montado y armado, quien con el mosquete en mano y con una altanería algo grosera, y voces no muy decentes nos intimaba parar; y viendo que proseguía el coche, apuntó al cochero,

el que percibiendo el acto poco amistoso del ginetete, paró. Luego se presentaron otros dos ginetes igualmente armados. Nos hicieron bajar é ir á un pequeño barranco en donde nos visitaron y cojieron lo que les pareció. A un señor quitáronle su reloj de oro, quien tenía otro escondido, y sin serle pedido se lo dió diciéndole: aquí hay todavía otro, téngalo vd. Otro señor les entregó un bonito puñal y un revólver, que al recibirlos el ladrón, regañóle apostrofándole así: "¿por qué no hace vd. uso de las armas?" agregándole, por darle mas fuerza, una interjección á su modo, que por ser demasiado indecente no repito aquí; á la cual respondió el paciente muy tranquilamente y con mucha suavidad: "para tener el placer de entregarlas á V." Yo me hallaba con mi relojito de oro colgado de una cadenita negra de gutaperca, la rompí sin ser visto de un estiron, y lo eché en el sacate, que allí había bastante espeso y alto. Otro señor hizo espontáneamente lo mismo con algunas onzas de oro que tenía. Llevábanse mi sacco, pero mis compañeros rogádoles que les dejaran extraer unos papeles que contenia, les concedieron abrirlo y quitarlos; pero no pudiendo mi llavecita abrir, un ladrón prestó su cuchillo, con el cual, forzándole se abrió, y bajo pretexto de los papeles sacaron un capote de hule, una cajita de carton y una botella vacía; la caja y la botella sirvieron para eludir la vista del capote. Se fueron los ladrones llevándose el sacco, y por olvido, tanto del ladrón como de nosotros, quedóse el cuchillo que nos había prestado, el que no advertí sino en el estudio en México registrando las cosas que tenía en la caja de carton. Alejándose aquellos poco legales visitantes, buscamos y hallamos entre la yerba é intacto mi relojito; se había milagrosamente salvado

de las uñas, como de las pisadas de los caballos de aquellos bandidos.

Vuelto á subir en el pescante y llegados á Topilejo, contamos el lance que nos habia sucedido; y recorridas otras dos postas llegamos á México.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ASCENSION

AL

C R A T E R

DEL

POPOCATEPETL

EN

A B R I L D E 1 8 6 8

POR

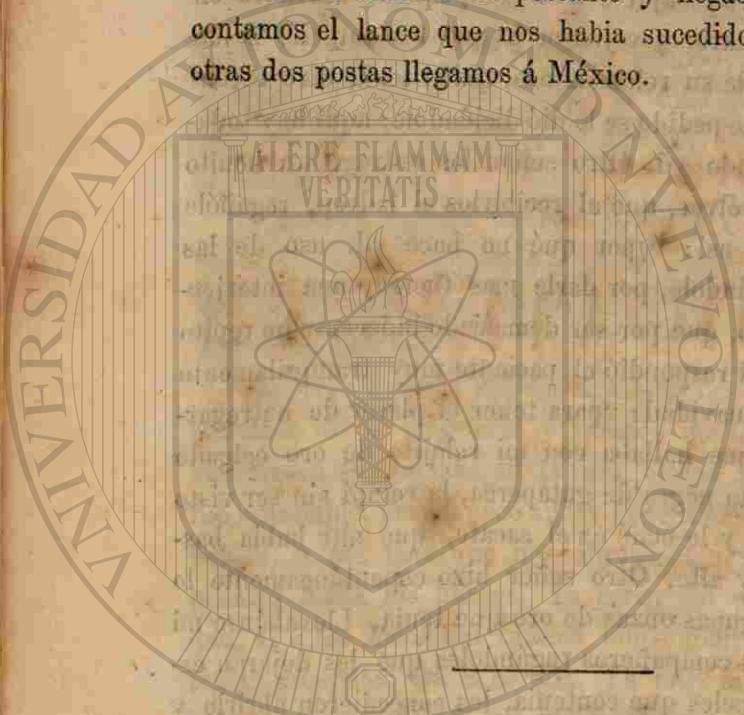
Eugenia Landeña

Habiendo determinado la escursion para el dia 4 de Abril yo y el ya mencionado Sr. Noreña, tomamos desde el dia anterior los asientos en la diligencia de Ameca, mientras que los otros compañeros debian irse al anochecer de este dia por las canoas de Chalco.

Al Sr. Noreña se juntó el jóven Larrañaga, estudiante de ornato modelado. Teniamos los asientos de adentro, pero yo quise cambiar el mio con uno que lo tenia en el pescante, y los dos compañeros con el fin de no dejarme solo, hicieron lo mismo. Un chicotazo puso los caballos á la carrera y á poco salimos por la garita de S. Antonio Abad.

de las uñas, como de las pisadas de los caballos de aquellos bandidos.

Vuelto á subir en el pescante y llegados á Topilejo, contamos el lance que nos habia sucedido; y recorridas otras dos postas llegamos á México.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ASCENSION

AL

C R A T E R

DEL

POPOCATEPETL

EN

A B R I L D E 1 8 6 8

POR

Eugenia Landeña

Habiendo determinado la escursion para el dia 4 de Abril yo y el ya mencionado Sr. Noreña, tomamos desde el dia anterior los asientos en la diligencia de Ameca, mientras que los otros compañeros debian irse al anochecer de este dia por las canoas de Chalco.

Al Sr. Noreña se juntó el jóven Larrañaga, estudiante de ornato modelado. Teniamos los asientos de adentro, pero yo quise cambiar el mio con uno que lo tenia en el pescante, y los dos compañeros con el fin de no dejarme solo, hicieron lo mismo. Un chicotazo puso los caballos á la carrera y á poco salimos por la garita de S. Antonio Abad.

El tiempo era hermosísimo, y la brisa de la mañana muy agradable. Dejamos á la izquierda el pueblito de la Ladri-llera; pasamos despues por el de Mexicalcingo, sobre puen-tes y en dos ramos el canal de Chalco.

Atravesamos en seguida el pueblo de Ixtapalapam dejan-do inmediatamente despues y á nuestra derecha el cerro del mismo nombre, que llaman de la Estrella: pasamos allí un riachuelo, otro riachuelo sin puente que desemboca en la laguna de Santa Marta, la cual nos estaba muy cerca. Poco mas adelante dejamos á nuestra derecha el cerro y cráter de la Caldera, y el pueblo de Sta. Cruz, y á la iz-quierda el Peñon viejo; atravesamos el pueblo de Sta. María Tehuacan, y nos aproximamos al grupo áspero, y bruno de cerros los que presentan localidades fieras y pintores-cas; á poco, hallamos el pueblo de los Reyes, y atravesado un buen espacio de terreno plano y monótono, llegamos á Chalco.

Esta poblacion es bastante triste, y desde que se puso el dique de Colhuacan sujeta á inundarse, cuya deplorable condicion continuará hasta que esté en actividad el desa-güe directo de la laguna de México.

Todos los juéves del año, hay en la villa de Chalco, una plaza bastante florida, y por motivo del lago y del ca-nal se puede considerar como el puerto de México, pasando por ella todas las producciones que traen de la tierra calien-te para la capital. El calor es allí muy fuerte, aunque esté éuatro ó cinco varas mas alta que México; y su clima no es muy sano: dan los frios.

Despues de dos leguas y subido un poco, pasamos delan-te de Miraflores, localidad bastante alegre, en donde se halla una fábrica de mantas; puesta sobre un collado muy

frondoso; y continuando la subida se atraviesa la intere-sante y bonita poblacion de Tlalmanaleo, en cuyo cemente-rio se hallan algunos arcos muy pintorescos y mas antiguos que la iglesia. Despues de haber subido algo mas, se llega á la localidad quebrada llamada Cuautenango, en donde suelen robar á los transcuentes. Luego se sube casi insen-siblemente dejando á la izquierda la hacienda de Zavaleta, y despues el pueblo de Sto. Tomás. Esta localidad es algo frondosa, cuyos árboles mas comunes son, el capulin y el tepozan, este último en particular toma en estos parajes dimensiones mucho mayores que en los alrededores de Mé-xico: se hacen ver de vez en cuando las encinas. Una planta herbácea que se viste de una cantidad de flores mo-radas adornaba y comunicaba un aspecto risueño á aquellas campiñas: las silicuas de esta planta llegadas á madurez arrojan con fuerza sus semillas, dejando las valvas adhe-ridas al pedúnculo y retorcidas en espiral. Tambien una papaverácea de grandes flores blancas hacia bastante papel; y la jarrilla cuyos grandes matorrales hallándose á la sa-zon cubiertos de flores enriquecian mas y mas el color de aquella escena.

Recorrida otra legua, dejamos á nuestra derecha un cer-ro bastante alto en forma de cono truncado, y poco mas adelante, al lado izquierdo, se nos aproximó una cordillera de montes boscosos y variados. Nos acercamos al pueblo de San Antonio, que dejamos á la izquierda; y á la dere-cha el de Amilpa; nuevamente á la izquierda el de Chalco[®] y con otra legua entramos en la villa de Ameca.

Esta poblacion es grande y alegre, casi plana; el agua potable que descende del Ixtaccihuatl es muy fria y se la pudiera tener clarísima, pero se bebe turbia, pareciendo

mezclada con leche ó pulque. Los vecinos atribuyen este tinte, al ser agua proveniente de los desyelos; para cerciorarse de esta vulgaridad, no hay mas que seguir el barranco por donde viene, è internarse un poco en el monte, donde en lugar de ser mas turbia, por estar mas próxima á la causa, se halla por el contrario, límpida como un cristal. Su tinte es debido al pasar en el llano, el cual es hasta una cierta profundidad, toda ceniza y muy fina, con alguna parte soluble en el agua. A pesar de esta circunstancia, el valle de Ameca es fértil, y se dá buen trigo y maíz.

El nivel de Ameca calculan ser como el de Toluca. Inmediato á la poblacion, y al poniente de la misma, se halla el Sacromonte; que es un collado formado de una tierra amarilla, cubierta de cedros, encinas y tepozanes. Los cedros invaden casi únicamente el descenso Este y Sur, y el Oeste y Norte las encinas. Se hallan en él dos iglesias ó capillas, una á la mitad y la otra encima del cerro; á las cuales se llega por medio de una rampa espaciosa y bien empedrada, sombreada de vetustos y pintorezcos cedros, y muy grandes tepozanes.

Desde el Sacromonte se disfruta una hermosa vista de la poblacion, de los montes boscosos que limitan su llanura y de los dos nevados que se presentan allí muy magestuosos, cuya vista apunté en mi librito de memorias.

Al dia siguiente, ya cerca de las ocho, montamos á caballo y emprendimos la marcha hácia Tlamaca, para verificar la ascencion al volcan. Nos dirigimos hácia el Sur Este: á una legua pasamos y sin puente el riachuelo de Tomaco-co; y á otra legua poco mas ó menos empezamos á subir y entramos en el monte que al principio formábanle cedros, juntos á otros árboles entre los cuales hacian tambien parte

las encinas, madroños y el tepozan. Poco á poco el cedro, fué sustituido por el oyamel y el ocote, los que presentaban de vez en cuando muy bellos ejemplares. Estos dos últimos hallábanse en flor, y su verde era vivo y variado.

Otro árbol vi por allí, cuya hoja era chica, de un verde claro cortada como la del tejocote ó mas bien del liquidambar, el árbol era corpulento y alto, me dijeron que su madera es muy dura, y llámanle Elíte.

La vereda seguía subiendo un terreno amarillento, que de vez en cuando mostrábase escabroso y con pasos muy angostos, los que se volvian aun mas incómodos por los troncos y ramas de árboles caidos y tirados que á menudo nos atravesaban la vereda. Dichos terrenos presentábanse en algun lugar grandiosos y con buenos motivos.

La jarilla se habia duplicado; una con hoja verde que era la comun del plano y otra mas grande con hoja cenicienta y casi blanca, cuyo matorral, hoja y flor, eran de mayor dimension; esta planta iba sustituyendo á la primera; la planta de flor morada que hice notar en el plano, habia duplicado y triplicado su dimension.

El oyamel seguía presentando muy bellos ejemplares y se habia vuelto el árbol dominante, muchos de ellos estaban echados al suelo y no poco podridos; finalmente el ocote vino introduciéndose y repitiéndose con mayor frecuencia hasta que dominó la otra vegetacion.

Bajamos y atravesamos un barranco sin agua en el cual habian muchos troncos tirados y atravesados al cauce. Poco despues bajamos al lugar llamado el Paraje; que suele ser fatal á los transeuntes que de las poblaciones de las cercanías de Puebla y Atlisco, etc., pasan por aquel punto para comerciar en Ameca, los que á menudo son sorprendidos

didos y robados por los salteadores. Esta localidad es pintoresca: está formada de la confluencia de dos barrancos cubiertos de ocotes y algunos oyameles que son los últimos que se encuentran: desciende en ambas un límpido arroyito, que juntándose allí forman uno que se apresura á bajar hácia el plano. En este lugar nos instaron mucho los de Ameca, para que no dejáramos los caballos sueltos, de miedo que comieran cebolleja, cuyo veneno, á lo menos para los caballos, dicen ser muy activo. Quise conocer dicha planta y pedí me enseñaran un ejemplar, que por mas que buscaron no pudieron encontrar; tal vez no sería su sazón.

Allí saqué algunos apuntes y el Sr. Obregon una vista fotográfica y al mismo tiempo almorzamos. Despues subimos tomando la vereda entre los dos barrancos y encumbando teniamos á nuestra izquierda y muy próximo, el hermoso Ixtaccíhuatl, el cual veíamos en escorzo y por los piés.

Hallamos una especie de pradera con bastante ganado vacuno, y varios de los compañeros dieron en querer colear; alborotaron y pusieron en zozobra una cierta cantidad de animales; aunque este lugar lleve fama de haber un toro muy bravo llamado el Guarachi, que segun dicen es tan acometedor que ni á las moscas deja.

El oyamel habia desaparecido; el ocote era el solo árbol que reinaba en aquel elevado parage, muchos de los cuales se hallaban heridos á su pié por los esplotadores de la trementina, muchos tirados al suelo y no pocos heridos y muertos por el rayo. Me hicieron observar uno que tenia una cruz al pié del tronco; el árbol era seco y herido por el rayo; y pedidoles la causa, me relataron, como dos transeuntes habiéndose abrigado allí en una tempestad, cayó el

rayo en el árbol, le mató, y mató á los dos infelices que se habian abrigado bajo de él.

A pesar de tanta altura un espeso sacate vestia el suelo; la jarilla senicienta y la planta de flor morada mostrábanse en su mayor vigor. En donde la vegetacion no cubria el suelo habia arena casi negra, en la cual veíanse impresas pisadas de venados, de coyotes y de lobos. Ladeamos un barranco coronado de una hermosa masa de ocotes, cuyo cauce poco profundo estaba cubierto de un sacate muy fresco y verde, mantenido por una poca de agua que allí brotaba; y pasado del otro lado encendimos una grande hoguera y comimos.

Puestos de nuevo en marcha seguimos andando por un suave ascenso. La vereda hallábase por do quiera agujerada y minada por las tusas, lo que observé en toda la travesía de la montaña, hasta los arenales del volcan. Ladeando un pequeño barranco que tenia á mi derecha vi una capa formada de bombas volcánicas ó piedras erráticas, como las llaman otros, la cual estaba como encerrada en una mas grande de tierra ó ceniza fina y amarillenta muy parecida á la que cubre el llano de Ameca y sobre esta la capa superior de arena pardo negruzca, la misma de la que forma los arenales y viste el cono del volcan desde N. O. á S. O. Los ocotes tenian sus ramos cubiertos de líquen y de musgo, torcidos y encorbados hácia abajo, como si una plancha de fierro los impidiera volverse hácia arriba. Nada veíase que los comprimiera; sin embargo, el efecto claro y palpable demostraba que existia la causa; ¿cuál era pues esta causa? la rarefaccion del aire y el frio: en efecto á otras veinte ó treinta varas de altura los árboles habian desaparecido. Luego bajando un poco vimos

abrirse á nuestra izquierda una garganta cubierta de ocotes que iba profundizándose hácia el Norte y despues de no mucho andar bajamos por un suave descenso, pero muy arenoso y llegamos al rancho de Tlamaca, que se halla casi al pié del volcan.

Este rancho que consiste en tres jaeales, está en un arenal cubierto de ocotes al empezar de un valle, entre dos barrancos que se dirigen á S. E., el que se halla al norte del ranchito, que es el mas próximo, le llaman de las Canoas, por que tiene unas canoas en las que se recoje el agua de un pequeño manantial que brota de la loma, al pié del cerro de Tlamaca, para que el ganado y los caballos puedan beber en ellas y abastecerse con mas comodidad los del rancho.

Mas abajo unas rocas verticales y altas, hacen respaldo al barranco, y sobre ellas se levanta cónico y domina el cerro de Tlamaca, en cuya pedregosa cúspide ya no crecen los ocotes, y solo un pasto fino y espeso, una clase de cardo santo y musgos cubren el suelo; una especie de cedro cuyos ramos retorcidos parecen mas bien culebras que vegetales, en vez de lanzarse de los peñascos en que están fuertemente arraigados, se mantienen casi adheridos y aplastados, como escudándose en ellos; sin embargo, sus hojas presentan un verde bellissimo, son muy espesas, y á la sazón hallábanse cubiertos de sus bolitas ó pequeños conos azulosos. Este vegetal es el mismo que está indicado en la página 8ª párrafo 3º, solo que aquí por hallarse en una temperatura mas baja, y mas combatido por los aires, ofrece caracteres mucho mas ásperos.

El otro barranco se halla á poco mas de media milla hácia el Sur del mismo rancho, y casi al concluir de los ocotes:

es grande y profundo; nace del versante Noroeste del Popocatepetl, y de la parte Norte y Nordeste del Pico del Fraile; baja tortuoso surcando el arenal, y haciendo un ángulo casi recto, se dirige bruscamente hácia el S. E. Bajo de la arena se ve una estratificacion ó capa amarilla, como al bajar en la de las Canoas, que examinada, es un agregado de pomez, mediante una tierra amarilla. Un pequeño y límpido arroyo, que en tiempo de aguas ha de ser ruinoso torrente, corre serpeando en su espacioso cauce sembrado de guijarros y peñascos, y muy á menudo se halla helado.

Casi á la orilla de dicho barranco y acabados los ocotes, ví un pequeño arbolito muy tupido, que crece en grupos formando una especie de grande manojó, y parecen abrazarse unos á otros para evitarse mutuamente el frio: su hoja es mas chica que la del elite, pero casi de la misma forma, y me han dicho que produce un frutita buena para comer: este arbolito parece resistir al frio aun mas que los ocotes mismos.

El ranchito de Tlamaca se halla, como vimos, en medio de un ocotal arenoso, el que fué destruido en su derredor, formando una especie de plazuela con el fin, tal vez, de poderse defender de los asaltos de los lobos, ó mas bien para construir el rancho.

No dejaré de hacer una observacion respecto de la disminucion de tamaño en los vegetales, ocasionada por la rarefaccion del aire y por el frio. Varias personas me habian asegurado, y lo habia aun leido, que subiendo los bosques que preceden al cono del volcan, se notaba clara y decididamente el decremento de la vegetacion, acabando con árboles enanos, en lo que no convengo por ser muy exagerado, y lo pruebo.

Por desgracia, hay muchos que hablan y escriben fundándose única y ciegamente sobre aserciones de otros, y por demasiada buena fé ó mas bien indolente fé, hacen con su acatamiento y apoyo que un error ó una exageracion quede aprobada y recibida como cosa cierta, indiscutible; con esto se quita el valor, el derecho, casi diria, á otros de verificar y analizar, esponiéndose á ser tachados de arrogantes y presuntuosos.

Yo soy de parecer que para afirmar como negar cualquiera cosa, preciso es examinarla concienzudamente, imponerse bien de la materia sobre la cual la afirmacion ó negacion ha de recaer.

La fé ciega solo debe tener lugar en los misterios de la religion por ser estos superiores al entendimiento humano, y por haber sido revelados por el mismo Dios, quien es el autor, principio y fin de todas las cosas; la inteligencia virtud y poder por excelencia.

¿Qué se diria de un sujeto, que entrando en un pueblo ó casa, en donde habiendo muerto por una causa cualquiera, los padres y los hijos mayores, quedaran solo en pie los niños de pecho hasta los muchachos de 8 á 10 años de edad, y sin hacer caso de los cadáveres todavia existentes, ni á la corta edad de los individuos que quedan, dijera ó mas bien sentenciara con toda autoridad: en tal ó cual pueblo ó casa etc., son enanos; la atmósfera no les permite llegar allí que á poco mas de un metro de altura? Todos convenirian ser tal sentencia digna de un loco.

Lo mismo acaeció en el bosque de ocotes que se atraviesa desde el Paraje á Tamacá y hasta el arenal del volcan, en donde no se hizo caso alguno de los padres, ni de los hijos mayores, quiero decir, de los corpulentos troncos que

se hallan tirados, carcomidos y podridos, los que á veces hasta obstruyen la vereda, y que acabarán dentro de poco por desaparecer volviéndose tierra. No se hizo caso de la edad de los que están en pie, que con pocas escepciones es menor y con mucho que la de los que se hallan tirados. Estos troncos, yo digo, no fueron arrastrados allí sino que nacieron y crecieron en aquel mismo sitio, y por mas de un siglo embellecieron con sus verdes y tupidas masas aquellas localidades: finalmente, ya por el huracan, por el rayo ó por el hombre, que destruye mas en un año que todos los otros medios naturales juntos en varios siglos, y en su destruccion raro es cuando no escoja lo mejor.

La falta de dichos individuos pondria en peor condicion á los recién nacidos, los cuales, hallándose de sopeton expuestos á todos los rigores de la localidad, sufriria su naturaleza efectuándose un cambio, y de allí los ramos retorcidos, como por contorciones nerviosas y encurvándose como para pedir á la tierra aquel abrigo que les faltó.

Cuidado, que no quiero decir con esto que la vegetacion acabe allí con la misma lozanía que mas abajo ó en el mismo Paraje, lo que seria evitar un error para caer en otro, sino que la diferencia aunque sensible no es tan excesiva y que se necesita poner mas cuidado en apreciar.

Uno de dichos jacales sirve para la fundicion del azufre y reducirlo á grandes panes cuadrados para el comercio. Los otros dos para caballeriza y vivir.

Pasamos allí la noche, que hallé muy fria á pesar de una grande hoguera que se mantuvo ardiendo. Un roido y áspero petate estendido sobre el suelo, que parecia un basurero, fué mi colchon, y la silla del caballo la almohada. El aire que azotaba el bosque, hacia un ruido aterrador, pa-

recia que queria destruir el rancho. A pesar del cansancio no dormí mas que un corto rato, y pasé la noche escuchando las ráfagas, el relinchar y el continuo pisotear de los caballos, así como el roncar de mis compañeros, que siendo todos jóvenes durmieron como piedras.

En la mañana nos dispusimos, y montados á caballo, se adelantó la caravana formada del Sr. Huitrado, pintor, discípulo de la academia que hacia cabeza de la expedicion. El Sr. Noreña escultor y custodio de las galerías, el Sr. Obregon pintor y fotógrafo, el hermano menor del dicho Sr. Huitrado, estudiante de dibujo y los Sres. Larrañaga y Garnica, estudiantes, este de ingeniero y aquel de ornato como ya dije, el que nos alquilaba los caballos, un peon, el guía y yo.

Nos dirigimos hácia el Sur Este y pasando á través del ocotal llegamos al arenal, en donde el sacate hacíase mas y mas escaso y finalmente acabó; solo una especie de muzgo que observé por casi toda la montaña, mostrábase sobre algun peñasco que se levantaba aquí y acullá de la arena, desapareciéndo este tambien mas adelante.

Hallamos un descenso muy empinado, un resbaladero de arena que descendia al fondo de un barranco, cuyo senderito no tendria ni una cuarta de ancho, al pasar por el cual sumíanse las piernas de los caballos. Llegados al fondo pasamos el arroyito en cuyas orillas tenia yelo. El cauce era ámplio cubierto de piedras de todos tamaños y redondeadas, mostrando que en las tempestades, corria por allí mucha agua. En el respaldo vertical ví la estratificacion de pomez amarilla. Por un camino igual al del descenso subimos y encumbramos el otro lado que era mas alto, y seguimos por el arenal en direccion al Sur Este.

Los caballos no podian resollar de la fatiga, parábanse á cada ocho ó diez pasos; finalmente se nos plantaron de firme y no quisieron avanzar mas; descendimos, ensayando conducirlos á mano, pero nos cansamos, y el resultado fué casi nulo; así es que dejándolos al mismo que nos los alquilaba, continuamos sin ellos.

La arena era pardo negruzca y tan suelta, que los piés sumianse completamente en ella. Uno de los compañeros se cansó, lo que, obligando al hermano acompañarle al rancho, influyó bastante para que se desgraciara la expedicion. Se adelantaba con grande fatiga y muy poco á poco; de este modo llegamos á los peñascos volcánicos de las Cruces, en donde descansamos un rato.

Me habia olvidado decir: como casi todos los que han subido el volcan cuentan y aseguran que los licores mas fuertes se pueden tomar allí lo mismo que el agua (1) así es que ibamos todos abastecidos de una botella de aguardiente: pero confieso, que para mi paladar nunca cesó de ser aguardiente, y jamas pude tragar un sorbo de ella: por lo contrario sentí mucho consuelo poniendo de vez en cuando un trozito de nieve en la boca paseándole continuamente hasta que fuese derretido, y luego tragábale: de este modo templé á las mil maravillas lo resequido que tenia.

Vueltos á la marcha por otro arenal igualmente suelto, pero mas inclinado que el anterior, por el cual subimos descansando con mucha frecuencia, y llegamos á la nieve: esta al principio veíase casi parda á causa de la grande cantidad de arena que tenia mezclada, cuyos cristales se agrupaban de manera que parecian yerbecitas que se eleva-

(1) Esta asercion está muy errada, y fué causa que á uno de los compañeros le acaeciera lo que dentro de poco veremos.

ban del suelo. Despues de buen trecho llegamos al parage llamado Rancho Viejo; que en realidad es el resto de un ranchito que hubo allí para comodidad de los azufreros, el que fué destruido por los aires, no quedando de él mas que cuatro ó cinco estacas fijas en el suelo que se levantan como vara y cuarta sobre la nieve. Dejamos este resto á nuestra izquierda, mientras que los azufreros para ir al malacate lo dejan á la derecha.

Allí empezamos á subir dirigiéndonos hácia el Sur, por donde nuestros zapatos no teniendo nada con que agarrarse resbalaban á cada rato: andando así pasamos cerca de un abra ó hendidura, que podrá haber tenido cerca de 50 metros de largura, con 60 centímetros en su anchura mayor, y parecia ser muy profunda por lo negro que presentaba.

En este parage observé, una cosa muy singular; una grande abispa, que los mexicanos llaman *jicote*, iba volando sobre las nieves lo mismo como sobre las yerbas y las flores; y fué el único insecto que observé en aquel lugar; pero ví unos cuervos que iban graznando y volando hácia el cráter; tal vez tendrían enaquellas inaccesibles rocas sus nidos.

Un poco mas adelante, dos de nuestros compañeros, se cansaron y perdieron la moral; y como si fuese una cama de plumas, y caliente, se tiraron tendidos sobre de la nieve, á distancia como de doscientos pasos uno del otro. Yo me quedé cerca del que estaba mas abajo confortándole y alentándole á subir ó volverse al arenal y salir del peligro; pero viendo que todas mis razones eran vanas, puesto que nada escuchaba, renegando con énfasis del guía y de los que le habian hecho subir; y como él decia: "¡Para hacerme ver nada mas que nieve!" y luego: "¡Quitarme de las como-

didades de mi casa, y al cariño de mis parientes para hacerme morir aquí y rabiando!" Esta última frase fué acompañada de lágrimas, y de cierto canto muy parecido al de los niños que lloran. Entonces, dejándole allí, me fuí hácia al otro, el cual habíame adelantado mucho, subía agarrado del palo del guía, que íbale casi arrastrando y llevando consigo. El primero, hallándose solo, se levantó, y aunque de muy mala gana, procuró seguir á los otros. Entonces me esforcé cuanto pude para alcanzar á los que me precedian, quienes hallábanse ya mucho mas arriba.

La subida hacíase mas dificultosa: la nieve era mas alta y distribuida de un modo muy singular. Se rompía un cristal de hielo, entre 3 y 8 milímetros de espesor; bajo del cual había aglomeraciones de cristales parecidos á yerbas, surgiendo de una capa muy espesa de nieve en la cual hallábanse tambien láminas de yelo: los piés, al romper esta formación, producían un crujido como si hubieran pisado vidrios. Aquello era muy molesto; pero admirable, muy difícil de describir: Sin embargo, me ensayaré daros una idea algo aproximada; imaginaos que de una capa espesa de nieve, salga un sembrado de clavelinas ya cerca de su enflorascencia, mediando entre planta y planta un intervalo de 4 ó 5 jemos, algunas veces mayor, y muy á menudo menor; distribuidas con bello desórden y cubiertas de caprichosas telarañas, siendo estas como aquellas de un vidrio clarísimo y reluciente: ahora, pongáse sobre estas plantas una lámina muy estensa igualmente de vidrio puro y algo apagado, y tendremos aquella especie de invernáculo, en donde la naturaleza cria y conserva aquella vegetacion de cristal.

Esta nieve y yelo se habia concentrado y espesado mu-

cho, y vueltos mas fuertes los cristales: aquello era muy resbaloso y fatigador. A pesar de deber quebrar con la punta del pié los cristales, y hacer el agujero para encajarle y repetir lo mismo con el otro pié á fin de poder dar pasos y subir; mis piés se habian entumido talmente de frio, que parecíame mover pedazos de piedra; ademas, hallabanse empapados en agua.

La direccion que el guía habia tomado no era, como ya hice observar, la del Malacate, que es la que toman constantemente los azufreros para ir al cráter; él se dirigia mas bien hácia el punto mas culminante que vemos desde México. Antes de esto, habia notado que estaba continuamente hablando con el peon, pero en idioma mexicano que ninguno de nosotros entendia, lo que hizome varias veces pensar si nos jugarian alguna broma pesada.

Unas nubes que teniamos á Nordeste, iban variando continuamente de forma, cuyas bases ya bastante oscuras, y mas bajas que nosotros, habian formado unos colgajos hilachosos que estaban en continuo movimiento; cuando, se formó pegado á las nieves y algo sobre de nosotros una nubecilla, que estendiéndose con mucha rapidez de todos lados nos cubrió y envolvió; sopló un aire algo recio, que llevándose, ó mas bien haciendo rodar los cristales de yelo que no estaban bien adheridos, y los que habíamos quebrado con los piés, produjo un ruido extraño; cayeron unos cuantos granitos muy pequeños, compactos y transparentes, lo que no era nieve, sino granizo. Esperábame de un momento á otro ver el relámpago, oír el trueno; afortunadamente nada hubo de esto, no fué mas que una burla para asustarnos. Sin embargo, el guía, aprovechando esta circunstancia, nos hizo retroceder, diciéndonos

que ya era locura el seguir subiendo. Yo, que los habia casi alcanzado retrocedí de muy mala gana. Entonces agarrándome del palo del guía, otros dos á mis espaldas, y otras á las de los que se apoyaban en las mías, formamos una especie de serpiente, cuyo pescuezo era yo, y la cabeza el guía; y clavando los tacones y el palo, descendimos con grande rapidez, aunque de vez en cuando alguno caíase, lo que varias veces sucedió al pescuezo, pero nunca á la cabeza. Así andando, á uno que hacia parte del cuerpo encajósele la pierna derecha en un agujero, y buen trabajo nos dió en sacársela; con este modo de andar no dilatamos en llegar al arenal.

Otro modo hay para bajar por la nieve: se sienta uno sobre un tercio, es decir, un saeo de cuerda ó de cuero, un petate etc., resbalando por la pendiente hasta la arena; un palo largo y puntiagudo, sirve para mantener la direccion, para pararse, como para evitar los peñascos y precipicios. Yo antes de reunirme y formar la serpiente, quise ensayar este modo de andar; hasta donde la nieve estuvo tierna pude clavar el palo y dirigir la corrida á mi voluntad; pero un trecho hubo en que estando solidificada, mi palo no pudo clavarse en ella, y solo sirvió para hacerme perder el equilibrio y caer de lado: di dos vueltas rodando; pero como no perdí la tranquilidad, no solté el palo, y me pude parar y levantar por mí mismo: no dejé con este lance de asustar al guía y á mis compañeros, que me creyeron ya desbarrancado y hecho pedazos.

No bien habíamos llegado al arenal, que todas las nubes habian desaparecido como por encanto, haciendo un tiempo hermosísimo.

Llegados á los peñascos de las Cruces nos sentamos en

ellos para tomar algun alimento, despues de que nos levantamos para irnos; pero uno de los compañeros se rehusó diciendo que él se quedaria allí. ¿Qué sucedia pues con este compañero? ¡Estaba ebrio! Al subir con el guía habia agarrado la botella de aguardiente, tragándose, y todo de un sorbo, buena parte de ella: los vapores empezaron allí á atacarle la cabeza; se puso á injuriar y á decir una cantidad de impertinencias al guía y al peon; queria matarlos, darles de trompadas; en este estado tuve que arrastrarle casi por un buen cuarto de legua, queriendo á cada rato desasirse de mí para acometer al guía y al peon. Hallado finalmente el Sr. Huitrado, que nos esperaba con los caballos, hizole montar con él en el suyo.

Al dia siguiente nos pusimos en marcha para Ameca. Durante el camino quedé admirado, ó mas bien horrorizado al ver el destrozo que los explotadores de la resina hacen de los ocotes: raro era el árbol que no tuviese en su pié la fatal herida. Mucha lástima me dió el ver que los árboles que se hallaban tirados y pudriéndose en el suelo, eran los mas altos y corpulentos. Se vé que explotada la resina el árbol seca.

En poco tiempo el ocotal será destruido, no quedando en pié mas que los de muy corta edad, que no volverán á alcanzar las dimensiones de sus padres. Pasarán muchos siglos ántes que el bosque vuelva á la lozanía, al mérito en que diez, treinta ó cincuenta años hace se encontraba. Esta consideracion me causó tristeza.

El parage fué el lugar de descanso como de almuerzo. Este sitio se hallaba muy animado: nosotros, vivoqueando y comiendo; una cantidad de caravanas, mas ó menos numerosas pasaban por allí, sucediéndose unas á otras sin in-

terrupcion. ¡Oh qué interesantes trages!; ¡qué hermosas figuritas! Cada sexo llevaba sus fardos adecuados; unos traian burro, en cuyo caso las personas cargaban como gentes, cargando como burros los pobres que no le tenian. Todo grupo de gente traia su molino, es decir, el metate: ademas, llevaban palos, petates, sombreros, canastos, gallinas, cerdos, en fin, todo aquel sinúmero de objetos que suelen traerse, ya para su profesion, ya para comerciar en una feria. Toda esta gente dirigíase á un punto comun, Ameca: á la feria de Semana Santa.

La vereda tenia una angostura, por la que debian pasar uno á uno; aquello era un desfiladero, un contadero de ovejas. El encuentro de nosotros allí, que en verdad no teniamos muy buena traza, hallándose ademas algunas armas de fuego; viéndonos al pasar el desfiladero se volteaban, en particular las mugeres, con mucho recelo y susto, poniéndose luego á la carrera, voltéandose mas léjos para ver si las seguíamos.

La vereda seguida por los indios, no era la misma de la que habíamos tenido nosotros para llegar allí, ellos la cruzaban, aunque muy oblicuamente, siguiendo mas la orilla del barranco; tal vez seria este camino mas breve ó mas cómodo del que seguimos nosotros.

Dejado este lugar seguimos nuestro camino hasta el Codo, nombre que di á este sitio, la primera vez que nos detuvimos en él para descansar, á causa de un ocote del cual salia un grueso ramo muy cerca del suelo y parecido á un codo, que nos sirvió á un tiempo de sofá y de perchero. Hecha allí una pequeña merienda, volvimos á la marcha y despues de otra hora y media de camino poco mas ó menos, estábamos en Ameca.

Un rato despues íbamos por la plaza con objeto de ver lo que habia en ella: hallábase mucho mas poblada y animada de cuando la habiamos dejado: pero la arena hacíase sentir demasiado, cansaba mucho el andar.

Al día siguiente por la mañana volvimos á recorrer la plaza; allí me convidaron á comer calabaza cocida; me agradó por hallarla muy jugosa y fresca. Nos llamaron la atencion unas grandes limas que parecian toronjas por su voluminoso tamaño, de las cuales nos abastecimos todos para llevar á México. Me admiró la frondosidad de los sauces que sombrean dicha plaza en su derredor, los que no tienen envidia á la de los fresnos; un pequeño caño que de continuo corre los riega y mantiene; el del lado Norte que tiene mas agua, se puebla muy á menudo de lavanderas. La iglesia tiene una sola nave, pero amplia y no de mala forma y la torre afecta algo el carácter árabe.

Habia tomado ya el asiento de la diligencia para irme al día siguiente á México; cuando que, los señores Huitrado, Obregon y Lara vinieron en pos de mí para decirme, que habían pensado volver á Tlamaca y subir el volcan con otro guía que nos llevaria con toda formalidad al cráter. Que en cuanto á mi boleto serviria para el hermano del dicho Sr. Huitrado que debia volverse á México con los señores Noreña y Larrañaga, cuyos quehaceres los impedían detenerse por mas tiempo. Yo por mi parte sentia mucho volverme á México sin haber visto el cráter y acepté bajo estas dos condiciones: la 1^a, que no nos iríamos el día de Pascua sino la mañana del lunes; y la 2^a, que no habiendo previsto detenerme tanto tiempo, temia que no me alcanzara el dinero, en cuyo caso necesitaba que alguno de ellos me hiciera préstamo; lo que aceptado me quedé.

En la tarde del Juéves Santo, fui con el Sr. Obregon y otro Sr. de Ameca, á poco mas de una legua al Norte de esta villa y á pié, tomamos por un camino amplio y frondoso; pasado un arroyo nos metimos por una vereda dejando á la izquierda el camino principal, y atravesando trigales llegamos á un barranco cuyo paso estando tapado para resguardar el trigo de los animales, nos hizo rodear, y hallado uno pasamos; el arroyo que serpeaba en él era muy límpido, y nos dijo, el de Ameca, ser aquella la mejor agua de la comarca; quise gustarla y la hallé superior. El barranco estaba sombreado de mucha variedad de árboles, entre los cuales dominaban el capulin y el teposan; aquello era agreste y hermoso.

Atravesamos el pueblito de Chalma, y encontrado un collado bastante alto, subimos por una veredita muy empinada, serpeando á través de un bosque tallar, cuya planta principal era la encina, y llegados como á dos terceras partes de su altura, nos hallamos derrepente sobre un grande peñasco desnudo y algo plano, que llaman y con mucha razon el Mirador.

La vista que desde allí se disfruta es verdaderamente encantadora. Mirando de Este á Sur, se hallan las magestuosas montañas del Ixtaccihuatl y Popocatepetl con sus fimbrias tupidas de bosques, que limitan de aquel lado la planicie. Girando la vista hácia el el Sur, se descubre una llanura sin fin, con la villa de Ameca y el Sacromonte, hallándose á los piés el pueblito de Chalma. De Sur á Oeste, muchos pueblos con variadas cadenas de montes, entre las cuales dominan, la de Ajusco, de las Cruces, y el Nevado de Toluca, pero la atmósfera hallábase tan opaca, que estas últimas eran invisibles.

Al anochecer del Viérnes Santo fuí en compañía del Sr. Lara al Sacromonte, con el fin de presenciar la procesion de duelo. Nos pusimos casi al principio de la subida, al lado de una capillita, en donde se hallan hermosos cedros y un magnífico teposan, formando este con aquellos una especie de arco.

Era el crepúsculo ya adelantado; cuando una cantidad de gente con velas y un murmullo quejumbroso, nos indicó que empesaba la procesion, á la cual concurría la mayor parte de los vecinos de Ameca y de las poblaciones de la comarca, sin escepcion de posicion social, edad ó sexo; todos con su vela encendida y procediendo con muchísimo orden y seriedad.

Aquellos árboles iluminados por debajo producian, en union de la muchedumbre iluminada é iluminante, un efecto particular, sério y bello; aquello aumentaba la expresion de los personajes, y ofrecia un buen motivo del género Escenas Populares religiosas, asociado con el de Parques.

La union y uncion religiosa que reinaba en aquella muchedumbre edificaba, tocaba el corazon; producía un efecto tan conmovedor, que muchos ojos vertian lágrimas. Esta funcion con escepcion de algunos detalles, (1) me gustó sobremanera: me pintó un pueblo en el cual el espíritu religioso reinaba todavía; gentes cuyas esperanzas no acaban con el concluir de esta vida, sino que espera en otra verdadera; que mira á la muerte no como fin extremo, sino como un pasage que guía segun hayan sido sus obras, á una feliz ó desgraciada eternidad.

(1) Como lo de un giuete en traje romano siguiendo el simulacra de N. Sr. muerto, que esmerándose con dar pruebas de su habilidad ecuestre distraía grandemente el espíritu de la multitud de su plácido y sublime objeto.

En la mañana siguiente fuimos al Salto, que se halla cerca de una legua y media al Nordeste de Ameca. Ladeamos el riachuelo ó arroyo que abastece á la poblacion, el cual corre en un barranco continuamente sombreado de cedros, capulines, encinas, teposanes y otros árboles que los mismos del lugar que nos acompañaban no conocían. El camino era variado y fresco; atravesamos el barranco dejándole á izquierda, siguiendo á poco otro con mayor cantidad de agua, el de la hacienda de Tomacoco, límpido y sombreado como el anterior. Atravesado un arroyo igualmente puro, subimos por una vereda boscosa y accidentada, que es la practicada por los neveros del corte del Ixtaccihuatl, los que encontramos al volver; y ladeado un trigal, nos encontramos en una rinconada formada por una roca de granito muy boscosa, bella de forma y de color; en la cual el agua cavose un canal que á primera vista parece artificial, pero examinándole bien, se conoce la obra de la naturaleza; este tendrá una altura vertical de 15 varas: en esta especie de caño se precipita el agua que es recibida en un barranco algo encajonado, cubierto de árboles y matorrales; todo muy salvaje. Por lo que concierne al juego del agua, es en todos sentidos insignificante, pero lo demás, es decir, la roca y vegetacion, son muy pintorescas.

La vereda sigue muy movida y trepa tortuosa y pintorescamente por entre peñascos y árboles, conduciendo á una especie de cueva tambien de granito, muy salvaje y bella; los árboles, matorrales, yerbas y musgos que la visten, están dispuestos con una gracia salvaje y encantadora. La vereda sigue subiendo y prometiéndole bellos motivos, y con grande placer hubiera seguido internándome en ella hasta llegar á las cimas nevadas del Ixtaccihuatl; pero los

compañeros me llamaron y volví. En este lugar, el Sr. Obregon sacó dos vistas estereoscópicas.

Luego descendimos al fondo del harranco poco lejos de la cascada, cuyo arroyo me incitó con su pureza á beber; su agua estaba fria como yelo. Este harranco no desmentia las bellezas que prometia desde arriba. La roca del otro lado formaba un poco de socavon; allí se puso un Sr. de Ameca sumamente jovial; quien habia traído consigo naranjas, aguardiente, azucar y algunas tazas; hizo una especie de licor que se toma caliente y llaman tecatl, de mucha fuerza y tónico, el cual, en aquel lugar, nos supo á gloria.

A orillas de este harranco trascendia no sé á qué, pero era sumamente grato; era un arbusto de dos varas poco mas ó menos de alto y ancho; su flor mas bien chica que grande, era solitaria, labiada y su color de un bello coral. Esta planta tenia alguna analogia con la salvia, y traje una ramita conmigo.

En la tarde, observando el volcan desde Ameca, me pareció verle despedir humo; entonces miré con mucho mayor cuidado, quedando mas y mas convencido, no ser aquello otra cosa que humo que salia del crater y así lo creí; hasta que vuelto á Tlamaca, conocí haberme equivocado; aquello no era humo, sino arena y nieve levantada por el aire.

La mañana del lunes nos dirigimos hácia Tlamaca. El día era hermosísimo. En el camino volví á admirar con gusto los bellos ejemplares de cedros, oyameles, ocotes, motivos de bosques y terrenos que al pasar la primera y segunda vez, tanto me admiraron.

El camino fuó muy alegre; todos chisteando, yo canté, chillé, y jamás tuve mejores pulmones que aquel día. Llegados al lugar llamado el Paraje, lo encontramos solitario;

ya no pasaban por él romerías: estaba muy sério, triste; sin embargo, aunque este sitio sea el escogido para verificar los ladrones sus asaltos, nada nos sucedió; además, nos estuvimos allí para almorzar y descansar un rato.

Vueltos á la marcha, y andadas como dos leguas, torcimos á derecha y subiendo un poco llegamos á un arenal; la deamos una garganta y vimos, por un claro que esta ofrecia, los planos y los cerros que se hallan al Norte de Ameca. Entramos en otro arenal mas alto en el cual descollaba una especie de cerrito sumamente áspero, era el Ventorrillo; le subí, y mientras que mis compañeros se quedaron al pié escarbando, en busca de ídolos, apunté, á pesar del mucho aire que hacia, al Ixtaccihuatl que presentábase desde allí muy bello.

De este sitio se vé muy cerca el Pico del Fraile, el cual es una grande roca basáltica que se desprende del punto noroeste del cono, formando una série de escalones; la parte superior de esta roca se halla en las nieves perpetuas. Este Pico, visto desde México, parece un corte entrante en el mismo cono.

Dos líneas de rocas se desprenden de uno y otro lado de dicho Pico, siempre disminuyendo su altura en direccion de Este á Oeste, hicieron parte, segun me pareció, de un crater dispuesto en sentido inverso del del grande cono, y faltándole el labio Oeste, ya por haber sido volado ó derrumbado, tapando tal vez el mismo crater, cuyo derrumbamiento principia al profundo y pavoroso harranco de *Neshpayantla*, cuya voz, en idioma mexicano, quiere decir, segun lo que un señor de Ameca me esplicó, lugar de teposanes; y segun otro mexicano, el Sr. Enciso, *neshpa* significa cenicienta, y *antla*, ancha; calidades que tiene la hoja

del teposan, la cual es ancha y cenicienta. De dicho cráter es probable que hayan sido sopladadas todas las arenas ó cenizas que se hallan á Oeste del Volcan, y llegan hasta mas allá de Chalco.

Desde la primera vez que fuí á Tlamaca, observando el Pico del Fraile, me pareció que este y las líneas de peñascos ó crestones que de él se desprenden, afectaran la forma circular; de allí me saltó la idea de otro cráter, la cual no fué desvanecida ni cerciorada; pero sí algo corroborada al ver que las rocas de dicho Pico que descienden en forma de gradas hácia el Poniente, son formadas de columnas basálticas. Nada pude aclarar con la ida al Ventorrillo, ni con la subida al cerro de Tlamaca; la del volcan no servia para eso; el mismo cono nos cubria esta localidad, ni tampoco hubiera sido suficiente subir al punto mas eminente de la montaña, el que se vé desde México, porque el mismo Pico del Fraile me hubiera ocultado lo que necesitaba ver. Habria resuelto el problema la subida á dicho pico ó á lo menos á una de las rocas mas elevadas del crestón, y salientes hácia el barranco: lo que no habiendo podido efectuar, quedé en mi duda; por lo mismo consigno esta mi idea como simple suposición y no como sentencia.

Desearia subir á la cúspide del Popocatepetl, para imponerme mejor del Ixtaccihuatl, y de los cerros quebrados que vi desde Cuernavaca en direccion del volcan: y sobre todo para disfrutar en un dia límpido, del mas estenso panorama de la República.

Los arenales del Ventorrillo están contenidos por cordones ó escalones de roca porfídica, que parecen bajar verticales del lado del barranco; en cuyo fondo dicen hallarse

una cantidad de huesos de animales, y sobre todo de mulas, las cuales segun me han dicho, pasan diariamente por allí, conducidas por los neveros, las que á menudo se desbaranean empujadas por las ráfagas.

En esta y otras localidades próximas al volcan, iban los indios á ofrecer alguna prenda al Popocatepetl, para obtener de él la lluvia, las que escondian bajo de la arena, poniendo sobre de ella, y como señal una laja. Yo escarbé un poco con el palo que tenia, escarbaron con mas eficacia mis compañeros y particularmente el Sr. Huitrado, pero nada encontramos, á no ser un pequeño metatito que dicho Sr. llevó consigo.

Los neveros, azufreros, y muchos aun en Ameca, dicen haber una especie de duende, cuyo nombre es *Cuauhtelpostle*, que se presenta bajo la forma de un hombrecito muy pequeño: este ser, segun ellos, vive en los despeñaderos del Pico del Fraile, del barranco de Nespoyantla y del cráter, así como en las rocas escarpadas y derrumbes del Ixtaccihuatl; cuyos precipicios y voladeros sube y baja con mucha facilidad y corriendo. Este genio á veces es malo y á veces bueno: cuando está de buenas les trabaja en la noche, hallándose los leñadores el palo ya cortado ó aserrado al dia siguiente; pero estando enojado, les detiene la sierra y la hacha, no dejándolos trabajar; y á los arrieros los hace desbarrancar con sus animales, y mil otras cosas.

En el Ventorrillo, como ya dije, no hay ocotes; solo en las rocas se halla el cedro arbusto; los cardos, las matas de saicate y el musgo aparecen en uno que otro punto.

Vueltos á Tlamaca y encendida una grande hoguera, comamos un trozo de carne y unas tortillas tostadas allí mismo en la braza y despues nos tendimos en la alfombra, es

decir, en el suelo y las sillas de los caballos sirvieron como la otra vez para apoyar la cabeza.

Durante la noche las ráfagas fueron tan recias que temí no fuéramos á dar con todo y rancho por los llanos de Puebla; los caballos patearon y relincharon muchísimo; y olfatearian á los lobos, ó seria tal vez el frio y el hambre? si lo primero no es imposible, es certidumbre lo segundo! El aire helado, el fuego que se apagaba, las astillas y las piedritas que se hallaban bajo de mi petate no me permitieron dormir mas de un corto rato; pero mis compañeros durmieron todos como en camas de plumas.

La mañana siguiente, en vez de descansado me levanté molido y entumido de frio; ensillaron los caballos y nos fuimos hácia el volcan; pero ántes envolvimos el calzado con mecate áspero, á fin de que pudiera agarrar y no resbalar en la nieve. Atravesado la parte de bosque que media entre el rancho y el arenal, y bajado el fondo del barranco hallamos el arroyuelo completamente helado.

Este barranco ofrecíame una especie de corte geológico, y con gusto me hubiera detenido allí recorriendo y observando en aquella especie de registro el órden con que se habian sucedido las varias erupciones y los trastornos que habia sufrido aquella localidad; pero fué preciso seguir la caravana que adelantábase contentándome con darle una ligera ojeada, y esta, cuando el cuidado del caballo y la aspereza del sitio me lo permitian. Sin embargo, me pareció que una capa irregular de lava cubria la parte inferior del cauce, la que en gran parte hallábase cubierta de detritos posteriores rodados y arrastrados allí por la violencia de las aguas; una fuerte erupcion de arena la sepultó con una capa muy espesa, la que fue cubierta á su vez de otra y tambien espesa de po-

mez, á la cual sucederia otra erupcion de lodo amarillo y líquido, empapando y llenando los intersticios dejados por esta última, formando así una sola capa y amarilla; en seguida serian lanzadas las masas de conglomerato porfídico de las Cruces, etc; siguiendo á esta la que formó los presentes arenales; y despues serian arrojadas las varias pomez griz, negra, colorada, y les varios cascajos y piedras que cubren el descenso de Nordeste á Sureste del cono.

Cerca de la mitad de lo que suelen llegar los caballos se nos cansaron, y por mas que hiciéramos, tuvimos que apear-nos y andar casi una milla mas de arenal á pié; ¡cosa bastante seria!; así es que llegamos á la línea de peñascos de las Cruces, con mayor cansancio que la vez primera. Así se llaman estos peñascos por una cruz de madera clavada en el mayor de ellos. Son muy ásperos y de color oscuro; formados de trozos fundidos y semifundidos de varias clases de pórfido, con otros simplemente desquebrajados, envueltos en una materia mas líquida y vidriosa, cuyas masas no corrieron en forma de lava, sino que fueron escupidas ó lanzadas del interior del cráter, á manera de chisguete.

Con media milla mas de subida hallamos otra línea de peñascos con iguales circunstancias geológicas de los de las Cruces; y luego atravesadas dos lenguas de nieve, pero insignificantes, hallamos otra arena, por la cual seguimos subiendo describiendo sig-zags para matar la pendiente.

A poco la arena se convirtió en pomez menuda, redonda y amarillenta; en otros trechos afectaba un tinte gris blanquisco, negro en otros, y hasta colorada, ó mas bien color de ladrillo rojo; esta mezclose con cascajo formado de varias materias; habia trozos de tezontle, otros de piedra caliza blanca y ya calcinada, trozos de pórfido negro

y de p[ó]rfido rojo, algunos de los cuales tenian un lado vitrificado: entre este cascajo se hallaban tambien muchos pedazos de azufre, muy amarillo y puro.

El viento soplaba recio, y de vez en cuando unas ráfagas nos obligaban á sentarnos, para no ser tirados al suelo. Estas ráfagas nos cubrian de arena, y hacian ademas rodar trozos de dicho cascajo hasta el pié del cono, cuyo accidente no nos fué unicamente de susto, sino que nos enseñó una nueva especie de diversion para nuestros descansos, haciamos rodar piedras.

La arena que el aire echaba sobre nosotros, venia con tal fuerza, que cada grano ocasionaba una sensacion dolorosa como la de un piquete de mosco; y si no hubiéramos llevado espejuelos y volteado inmediatamente la cara, creo que nos habria resultado alguna grave enfermedad de ojos.

Al verificar los zig-zags, teniamos la precaucion de que todos hubiesen alcanzado el fin de la recta ántes de empezar la otra; y esto para impedir que las piedras puestas en movimiento por unos, no fueran á lastimar á los otros. Uno de los peones que iban cargando nuestras cosas, advirtiendo que una piedra que bajaba con violencia desde lo alto se hallaba ya cerca de él, procuró inmediatamente salvar la cabeza, y lo consiguió; pero no pensó en la mano derecha, la que recibió un golpe tal, que debimos en el instante vendársela con pañuelos. El pobre peon quejábase diciendo: "¡En tanto tiempo y tantas veces que he subido y bajado al cráter, nunca me habia sucedido nada, y hoy el aire me amoló!" En realidad, aquella piedra habia sido puesta en movimiento por el aire, y le inutilizaba por algunos dias.

El cascajo iba aumentando en tamaño, pero no en solidez, de manera que solo nos aumentaba la dificultad de andar,

era mas y mas cansador. Los trozos de azufre aumentaban, como tambien una materia algo fofa, colorada, parecida al ladrillo; de manera que el tinte general del cascajo era un amarillento rojizo. Así andando vimos á derecha y en alto un creston muy variado de color y como barnizado; aquello se parecia algo á los caramelos ó á los dulces lamidos.

Estábamos ya muy en alto; habiamos dado casi una media vuelta al rededor del cono. Nuestra normal dirigiáse hácia Atlisco y Matamoros Izúcar; mirábamos casi al sur. Teniamos á nuestra izquierda la Malinche y el Pico de Orizaba, cuyo último levantaba su cabeza cubierta de nieves perpetuas sobre la bruma. Las montañas de menor elevacion y los planos mas cercanos distinguianse apenas, resultando los otros completamente ocultos, á causa del aire que habia opacado la atmósfera con el polvo que mantenía suspenso en ella; lo que nos impidió que pudiéramos disfrutar de las lontananzas.

Los pedazos de cascajo habian aumentado grandemente en tamaño; y algunos habia que conveníale ya el nombre de peñasco, y entre estos ví algunos blancos que me parecieron ser de mármol, otros amarillos, esto era azufre. En lo alto unas grandes rocas se elevaban caprichosamente movidas, en las cuales se veia claramente haber sufrido la accion del fuego, que las habia vitrificado.

Siguiendo la subida nos acercamos á una roca vertical, al pié de la cual habia unos tablones fijados sólidamente, formando una especie de piso, y preguntado á los peones, me dijeron que aquello habia sido un rancho para los azufreos, y fué, como el otro, destruido por el aire.

Muy cansado del cascajo iba aprovechándome de unas rocas por las cuales subia con ménos dificultad, lo que ha-

biéndolo advertido el guía, me gritó: "No se aparte Vd., que se va á desbarrancar. Siga Vd. mi huella." Obedecí, y volví con grande pesar mio por el fastidiosísimo cascajo; pero poco despues encontrándome de nuevo con la tentación de otras rocas que se hallaban cerca de mí, volví á cometer el pecado aprovechándome de ellas; pero viéndome el guía me volvió á gritar: "Se va Vd. á desbarrancar." Mientras que yo me disponia para volverme advertí que los dos peones, habiendo vuelto la mirada hacia mí, se habian hecho, pero con una señal de cabeza y una espresion de cara tan significativa, que yo leí en ellos estas dos frases: "por allí se puede ir;" á lo que contestó el otro con otro movimiento de cabeza y con no menor espresion de cara "y mejor." Sin embargo, no queriendo desairar al guía, que obraba con verdadera buena fé, le grité: "Ya voy, voy por allí," y seguí mi camino por las peñas. A poco una roca de cuyas hendiduras salia humo, nos separó.

Por el camino que habia escogido, que en sustancia no era mas que un conjunto de rocas pero ásperas y trepables, adelantaba mas; el ejercicio que tenia que hacer era mas variado empleando en él piés y manos; era fatigoso pero ménos cansador; encontrába en este último mas solidez, mas resistencia.

Antes de afianzarme en las aristas y asperezas de las rocas, debia asegurarme bien de su solidez, siendo la mayor parte de éstas calcinadas de tal manera, que se desmoronaban agarrándome en ellas. Mientras de que así subia, ví en otros puntos respiraderos humeantes: aquellos hedia mucho á azufre. Del lado en que el sol y el humo alcanzaban ménos, unos grandes témpanos de nieve solgaban de los peñascos.

Así andando, percibí á mi derecha por el claro que dejaban unas rocas que se elevaban de un despeñadero, un grande y profundo barranco, y subido un poco mas arriba me allé derrepente á la orilla del labio; tenia delante de mis ojos la imponente y asombrosa vista del cráter.

El aire era allí muy frio y tan recio que creí prudente sentarme en tierra, y volteándome hácia atras ví á los compañeros con el guía á la cabeza, quien por ser de un tamaño gigantesco parecia el padre con sus hijos; les grité con cuántos pulmones tenia: "Aquí está el cráter;" los que quedaron admirados, cómo habiéndome dejado atras, me hallaban y de repente como á veinte ó treinta varas mas arriba y en la cumbre del labio: pocos minutos despues disfrutaban ellos tambien de aquel imponente como pavoroso espectáculo.

Afianzado en la roca que tenia delante que pareciendo ofrecer alguna solidez servíame de pretil, miré debajo, y ví, no sin algun estremecimiento, que la peña que me sostenia proyectaba hácia fuera, me hallaba en un voladero, que á la mínima disgregacion hubiera precipitado de un salto á 650 (1) varas de profundidad ¡al fondo del cráter!

(1) Esta es la medida que tanto los azufreros como los empresarios aseguran de la profundidad del cráter, que resulta segun medidas tomadas del modo siguiente:

Descenso desde la parte superior del labio hasta la maroma de donde se baja por el cable. Varas.	50
Estension del cable.	100
Descenso desde donde concluye el cable hasta el fondo del cráter.	500
Total.	650

Cuya profundidad tanto por el color como por el aspecto de los detalles, me pareció exagerada, y no habiéndose hallado por allí obje-

Muy agarrado y casi tendido á tierra observé el fondo de aquel abismo, habia en él una especie de caldera circular ó estanque que por el tamaño y disposicion uniforme de los peñascos que formaban su borde me pareció artificial; en este, tanto por el color de la sustancia cuanto por el humo que de ella salia, habia azufre en ebullicion. De esta caldera se elevaba y con mucha fuerza una columna muy densa de humo blanco, que llegado como á una tercera parte de la altura del cráter, se esparcia y disipaba. En varios otros puntos ví salir humo y del mismo color, pero en menor cantidad y menos fuerza. Por allí debia haber el ranchito en donde los azufreros pasan la noche, pero no le ví.

El labio del cráter es elíptico y se le da una legua de circunferencia; es muy quebrado y desigual; su diámetro mayor está inclinado y mas directo de Sureste á Sur, que de Este á S.E. Su interior afecta la forma de una red de pescador. La parte de labio que se halla de Este á Sur está algo á fuera de su base, proyectando hácia el interior

tos de dimencion cogita para establecer la comparacion, quedé en la duda.

La equivocacion, si no me engaño, está en las 50 y 500 varas de ambos descensos, que tal vez medirian la estencion superficial en lugar de la vertical; en cuyo caso mermaria la profuadidad segun la mayor ó menor inclinacion de dichos descensos.

Téngase presente que esta observacion resulta de una breve mirada, sin otro instrumento que mis ojos; ademas siendo mi obeto principal el lado artístico, codiciaba tener un apunte de aquella escena, y me dediqué inmediatamente á ello, y por causa del aire, el frio y aun la priesa que tenian mis compañeros y el guía, que esperáudo me debieron parecerles horas los segundos que pasaban, todo lo que no tan solo me impidió observar con la tranquilidad que todo aquello exijia, sino que, ni me alcanzó para indicar en mi apunte los pormenores mas necesarios.

del cráter, y la del lado opuesto, es un grande y empinado descenso de arena y cascajo interrumpido de cinco á seis líneas de rocas brunas y verticales, casi paralelas entre sí é inclinadas de S.O. á N.E.: las partes laterales se pueden considerar mas ó menos como verticales.

Las rocas que hacen oficio de paredes, pero enormes, que encierran el cráter, fueron impelidas desde las entrañas de aquel terrible horno hasta la prodigiosa altura en que se hallan, por la fuerza asombrosa de los gaces; no de otra manera puede esplicarse su origen, la calcinacion y vitrificacion que tanto en ellas nos admira.

Dichas paredes afectan en lo general un tinte amarillento debido probablemente al azufre en estado de sublimacion que de continuo reciben.

La pared que encierra la parte Sur, Sureste y Nordeste del crater, parece ser la que ahora sufre la accion mayor del volcan: y en particular la de Sureste, que no me admiraré en oír que se haya derrumbado en el cráter.

Tenia á uno y otro lado rocas altas y caprichosas que mostraban haber sufrido la accion violenta del fuego, como la de los yelos: y realmente, leianse en ellas los efectos plutónicos y algentes; de un lado la vitrificacion y el humo saliendo de sus hendiduras, y del otro yelos perpétuos; como la que tenia á mi derecha, la cual al mismo tiempo que de un lado humeaba, colgaba del otro un grande y hermoso témpano de nieve: quedaba entre éste y la roca un espacio que parecia habitacion, un cuarto, pero de duendes ó de demonios. Aquellas peñas tenian en su extravagante forma algo de juguetes, pero juguetes diabólicos lanzados del infierno. En la cima del lado N.E. hay un respiradero cuya columna de humo parece, cuando el

tiempo es tranquilo, un hongo que sale del creston, y es visible desde el rancho de Tlamaca, del cual habrá legua y media ó poco mas en línea recta; y con el auxilio de un antejo de larga vista lo observé aun desde mi estudio en México. Con todo, siempre es menor y con mucho de la que se levanta del fondo del cráter. De las rocas por donde pasaron mis compañeros salia tambien humo como de las por donde subí yo y todo con el mismo color y con el mismo olor de azufre.

El punto mas elevado de este volcan es el que se vé desde México, cuya altura mide, segun el B. de Hamdold, 17,884 piés ingleses, ó 5,400 metros sobre el nivel del mar. La parte de mayor elevacion de donde se levanta el cono, es la del lado Norte, y se halla muy cerca ó ya afuera del límite de la vegetacion.

Observé, como era uno de los mayores motivos de mi ascencion, el azul del cielo, el cual era mas bien cargado ó intenso; pero no hallé en él el grado de fuerza que me habian asegurado tener; tanto que no me hizo ninguna impresion de novedad, lo hallé armónico como siempre, solo un poco mas intenso su color.

Es preciso tener presente, que para hacer una apreciacion de esta naturaleza, se necesita considerar y mucho la fuerza de la contraposicion. Subiendo por ejemplo, por el camino del malacate, cuya nieve iluminada por el sol ofrece un blanco muy luminoso, presenta una contraposicion clara y fuertísima; ademas, teniendo uno que levantar la cabeza para ver el azul del cielo, le vé en un punto muy elevado del horizonte y muy próximo á su máximo de intensidad, por lo que debe parecerle indudablemente mas oscuro: y viceversa, si le mira estando ya en el labio cuyo espacioso

cráter no le obliga a levantar los ojos, sino que se le presenta el cielo muy cerca del horizonte y en su máximo relativo de claridad, y desprendiéndose ademas, haciendo fondo á peñazcos ó rocas vigorosas de color, le parecerá mucho mas claro de lo que es en realidad: todo lo que, el ojo inesperto no puede apreciar; y dice, creyéndose sobradamente seguro en su asercion, que le vió oscurísimo, negro, en el primer caso; y clarísimo en el segundo. Los dos casos que he puesto aquí para dar una ligera idea de lo que es la contraposicion, pueden complicarse talmente y volver la comparacion tan abstrusa y difícil, que solo el ojo muy ejercitado de un esperto pintor general, pueda ser apto para apreciarla.

Una nube se habia aparecido detras de la cúspide, era un cúmulo en incremento; y como el aire soplabá con bastante fuerza de Oeste á Este, fué empujada y arrastrada por encima de la misma cúspide, superada la cual se fué como resbalando por el otro descenso, y hallándose de repente en completa libertad sobre el vacío del cráter, estendió su base hácia abajo, pareciendo haber sido absorbida é impelida despues hácia arriba por el mismo cráter. Al pasar sobre nosotros la nube hallábase mas alta de las rocas que nos dominaban; se habia estendido bastante y no tenia muy buena cara; pero empezó á disiparse, y un rato despues el cielo estaba limpio como ántes.

Al bajar, uno de los compañeros fué atacado de una fuerte jaqueca; se le achacó la culpa á la elevacion, al aire rarefacto, y á las exhalaciones del cráter; en vez de atribuírsele á los anteojos con cinta de hule que oprimíanle fuertemente la insercion de la nariz. Al cabo de dos horas ó poco mas, estábamos de nuevo en el rancho de Tlamaca.

De manera que sobrada razon tenian los que insistian diciendo que podíase subir y asomarse al cráter aun sin pisar nieve; es decir, subiendo por el lado del casco y de las piedras: pero es preciso observar que por este lado se hace un camino mas que doble y con mayor peligro que siguiendo el camino de la nieve: en efecto, este es el único que ahora practican los azufreros.

Pero no he dicho en mi relato de haber presenciado una tempestad bajo mis piés. ¡Qué lástima! ¡En verdad, muy bello, muy imponente ha de ser mirar debajo de sí á los elementos enfurecidos; recorrer rápido, quebrado, el mas terrible de los meteoros, el rayo; y mientras que éste, la lluvia, el granizo, y el viento embisten con toda su fuerza y violencia á la localidad sujeta; mientras es allí todo estruendo, terror y espanto, hallarse espectador inmune y disfrutar del mas hermoso dia! Yo nunca tuve tanta dicha ni espero tenerla.

Todos los que suben las alturas mas elevadas, los mas altos nevados, raro es que no cuenten haber visto una tempestad bajo sus piés; sin cuya circunstancia les parece no puedan interesar ni ser creídos, como si le faltara el sello de la verdad, sin agregarle esta hermosa mentira.

Eso es muy cierto, que á veces vemos nubes muy bajas, y arrastrarse casi al pié de las montañas; pero en este estado nunca las vemos disolverse en lluvia, y mucho menos formar por sí solas una tempestad.

Cuando observamos alguna tempestad á lo lejos, que es cuando dicho fenómeno se observa mejor, porqué viéndole en conjunto se distinguen con mas claridad las varias nubes que la forman, como están acumuladas unas sobre otras, y apreciar con mas aproximacion sus diferentes alturas;

entónces vemos en su amontonamiento levantar los cúmulos sus gigantescas cabezas sobre las otras nubes, exceptuado los cirros que los exceden en altura, luego aplastarse, esfumarse hácia abajo y convertirse en lluvia, la cual no siempre llega hasta la tierra, á veces vuelve á convertirse en vapor.

Si miramos siendo ya noche el amontonamiento de nubes, veremos los cúmulos, cirro-cúmulos, y á los cirros mismos arrojar centellas, no de la base, sino del centro de la nube, y jamas de las nubes inferiores; desde donde, ya cayendo verticalmente, ya lanzándose hácia arriba, ya horizontalmente, ya oblicuo; en una palabra, sin direccion fija; ya en una centella única, y ya en muchas, ó dividiéndose en su carrera en varias, tomando cada cual diferente direccion; y nunca acabaria si tuviese que describir todos los accidentes caprichosos, las marañas de aquellos hilos candentes y deslumbradores.

Sentado esto, cuál será, pues, la altura de los cúmulos, cirro-cúmulos y cirros? No lo sé. Lo que puedo decir es, que he observado muchas veces dichas nubes detras del volcan, y excederle en altura dos, tres ó mas veces su parte nevada. Luego, ¿cuál garantía puede ofrecer la cúspide del Popocatepetl? Ninguna. Además, vemos á dicha cúspide cargada de nieve, la cual no fué acarreada allí con costales, sino que le cayó encima derramada de las nubes, las que no estaban ciertamente debajo sino sobre él.

Entónces, ¿qué fenómeno acaecerá cuando presencian las tempestades bajo los piés? El de soñar, ó el de querer interesar y embellecer mintiendo.

Habiéndome preguntado alguno si habíamos ensayado á tirar algun pistoletazo, con el fin de oír si producía el es-

tampido, ó si este era menor; diré que no hicimos esta prueba; pero hablando nos oíamos igualmente que en Tlamaca y en Ameca, sin esforzar nada nuestra voz. Relativamente á la respiracion, puedo decir, que al llegar tenia mucho afan, el cual provenia mas de la fatiga que de la naturaleza de la atmósfera, pues cuando hube descansado respiraba con la misma facilidad de ántes.

En la noche dos escopetazos nos anunciaron la llegada de los hermanos Corchados al rancho, los que tienen la empresa del azufre del Popocatepetl. Me obsequiaron con té, convidándome á cenar y á pasar la noche en su jacal; acepté lo primero, y relativamente á los otros ofrecimientos les dije que no los aceptaba para no hacer un desaire á mis compañeros, y hallada justa la razon no insistieron mas.

La noche fué muy rigorosa en cuanto al frío y el ruido que hacian los caballos con su continuado patear; el fuego que varias veces se apagó, y durmiendo todos tuve que cuidarle y componerle yo mismo si quise calentarme; tampoco faltaron de vez en cuando las ráfagas, que meciendo bruscamente los ocotes, producian un ruido parecido al de un aguacero.

Al dia siguiente me levanté con los huesos tan adoloridos, que creí no seria capaz de moverme. Los Sres. Corchados invitáronme á subir con ellos al volcan; pero como desconfiaba de mis fuerzas, habia regalado á otro compañero al Sr. Lara el mecate áspero para amarrar los zapatos, y queria ademas apuntar el volcan desde la cumbre del cerro de Tlamaca; sin embargo, les propuse que iria cargado, lo que habiéndolo dicho de veras tomáronlo á broma y se fueron hácia el volcan con los Sres. Obregon, Lara y otro señor de Ameca, quedándome yo, el Sr. Huitrado el gigante y los demas al rancho.

Pasado cierto tiempo los vimos apareciendo por el arenal, y los Sres. Corchados, cuyas cabalgaduras eran buenas, iban adelante de todos, y llegaron montados hasta cerca de la nieve, en donde se apearon, y habiendo esperado á los otros prosiguieron el camino. Dejaron á derecha Rancho Viejo, y subiendo en zig-zag dirigiéndose hácia las rocas que se notan desde Tlamaca, y que indican la direccion del Malacate encumbraron; y dejadas estas peñas á la izquierda desaparecieron.

Mientras ellos efectuaban la subida del cono me fuí con el gigante hácia el norte, bajamos el barranco de las Canoas, cuya agua estaba helada con un cristal de $\frac{3}{4}$ de pulgada de espesor: subimos al cerro, el cual hasta un cierto punto está cubierto de ocotes y acaba como ya vimos con los cedros arbustos en su cumbre.

Subiendo este cerro ví que habria podido subir muy bien el volcan, que mis pulmones y mis piernas estaban tan buenas y listas que encumbré primero, y despues de mí apareció el gigante, quien iba abastecido de un azadon para escavar y hallar algun ídolo ú otra antigüedad india. Entónces sentí el haber desconfiado de mí mismo y de no haber emprendido con los Sres. Corchados, la subida al cráter. Ademas, el dia era magnífico, sin nubes y sin aire. Sacaron con la máquina fotográfica varias vistas estereoscópicas de la parte interior del cráter; mientras que yo hacia desde el cerro de Tlamaca, el apunte del volcan.

Hallándonos encima del cerro, echamos una mirada á las inmediaciones que nos rodeaban, y particularmente hácia el Norte, en donde columbrábase varias hondonadas boscosas; en una de las mas próximas me hicieron observar el camino de cabalgadura de Ameca á Puebla, y el gigante

me indicó la localidad, que no bien distinguí, de Pelagallinas; cuyo nombre pronunció bajando algo la voz, como que le causara algún pavor, y luego me dijo, que aquel lugar era aun mas peligroso por los ataques de los salteadores, que el del mismo Paraje. En seguida, ellos se pusieron á escarbar, y yo á dibujar la vista del Popocatepetl. A poco oí que estaban observando algo en una piedra, y como si dudaran fuese artificial ó casual de la naturaleza los accidentes que miraban: fuí á ver, era una especie de losa toscamente cortada, casi cuadrada, cuyo lado mayor puede haber tenido medio metro, con un decímetro ó poco mas de grueso: en el lado inferior, que habian volteado hácia arriba, tenia alguna cosa esculpida, pero talmente informe, que por cuanto escudriñé no pude comprender lo que el artista se habia propuesto figurar: así es que no creyendo bien fatigarse de balde la dejaron allí. Despues de haber escarbado en algun otro punto y sin fruto, se deslizaron y bajaron á Tlamaca, dejándome dibujando encima del cerro. La localidad cercana de Pelagallinas les habia causado algun recelo y no quisieron llamar por mas tiempo la atencion en aquel punto; y como endonde estaba yo no era visible, creyeron escusado distraerme de mi ocupacion.

Antes de descender del cerro cojí un cardo seco bastante hermoso, y un ramito de cedro arbusto, y bajé tomando hácia el Sur en lugar del Surueste, y me hallé de repente en la orilla del precipicio de rocas verticales que ladean al barranco, ya bastantemente profundo; y entonces variando de direccion descendí en el punto de las canoas. Allí enencontré al Sr. Casarin con su cartera, en compañía del Sr. Han, aleman, naturalista y músico, de estatura colosal, con

quien hecha amistad le obsequié dándole, á petición suya, parte de mi ramita de cedro. El Sr. Casarin me mostró su dibujo del Popocatepetl, el cual tenia bastante atractivo. Me dijeron que al dia siguiente subirian al volcan. Vuelto al ranchito, comí muy de prisa alguna cosa.

Serian ya las cuatro de la tarde, cuando vimos, con ayuda del antejo que nos favoreció el naturalista, á los compañeros que descendian por las nieves. El Sr. Huitrado y otros dos se quedaron para esperarlos: yo, el gigante, Garnica y otros tres señores de Ameca, nos adelantamos para llegar ántes á dicha poblacion.

Mi caballo se habia vuelto tan asoleado y flojo que buen trabajo tuve para hacerle mover las piernas hácia adelante. Encumbramos el ocotal y llegamos al primer barranco que se ladea; en que el sol hallábase ya muy bajo; y aunque hubiese estado el dia, y continuare en perfecta calma, la atmósfera era tan densa que nos permitia mirarle sin ninguna molestia, presentándonos como un grande disco anaranjado: á poco iluminó ó mas bien patentizó un pequeño espacio de la cordillera de Ajusco y metídose detras volviöse á borrar, y empezó el crepúsculo.

La luz del dia íbase mas y mas apagando; oscurecia con tanta rapidez, que descendimos al paraje viendo apenas por donde ir.

Había anochecido, y á pesar de eso, quiso el gigante darnos pruebas de su pericia, y dejando el camino practicado tomó la vereda mas corta, y á no ser por el perfecto conocimiento que este señor tenia de la localidad, y de ver á oscuras como los gatos, nos hubieramos indudablemente desbarrancado; ademas habia en su contra, que á causa del trigo los pasos de las veredas estaban obstruidos, y se vió

precisado á abrir algunos para hacernos pasar. Yo no veia absolutamente nada y dejaba al juicio de mi yegua escoger por donde ir. Vimos andando, una grande lumbrada; habia un guarda trigal, que estaba con su familia bajo de un cedro calentándose al fuego; conocíalos el gigante y nos cambiamos las buenas noches. Aquel episodio, con el bosque y la llamarada formaban un cuadrito, una escena nocturna muy agradable. Poco despues salimos del bosque y entramos en la llanura: pasamos el riachuelo pedregoso de Tomacoco, y con otra legua de camino estábamos en Ameca delante de nuestra habitacion.

Eran las nueve y media cuando entramos en la casa: cenamos alguna carne, y habiendo ya esperado á los compañeros una hora mas de lo convenido nos acostamos. Garnica dormía ya profundamente; yo por accidente y aunque á oscuras, estaba componiendo alguna cosa de mi cama para descansar mejor: serian ya las doce, cuando oí pisoteos de caballos y despues tocar el zaguan. Todos dormian; aunque á oscuras me levanté y á tientas fuí á abrirle el zaguan, despues de lo cual volví á acostarme y descansé hasta la mañana.

Al dia siguiente salí temprano de Ameca con el jóven Garnica y nos fuimos á caballo hasta Chalco, en donde se nos reunió el Sr. Lara. Queriendo yo conocer la via del canal elegí irme con ellos en canoa, quedando en que saldria del embarcadero entre las cuatro y las cinco de la tarde; pero salió ya muy cerca de la oracion. Oscurecido, bajaron el toldo y quedó un cuarto completamente cerrado; y tan bajo, que uno no podia estar no digo derecho y en pié, pero ni siquiera sentado. Cenamos café y leche que mis compañeros tuvieron la prevision de comprar en

Chalco; despues de que apagaron las luces, y tuve que estarme tendido en la canoa sin ver ni dormir; continuamente molestado con los pasos y golpes de los remeros, y los que recibia la canoa encontrándose y tropezando con otras.

Llegados á Colhuacan, tuvimos á causa del dique que dejar nuestra canoa y entrar en la que estaba esperándonos en el otro canal.

Cerca de Mejicalcingo nos amaneció y levantaron el toldo. Pasamos por San Juanico, Ixtacalco y Santa-Anita, entrando á México por la compuerta de la Viga y saltando á tierra delante de la de Santo Tomás.

Ya cerca de la Academia encontré un amigo quien quedó asustado al verme desfigurado por las costras que tenia en la cara, ocasionadas por el sol, las llamaradas y el aire frio de la nieve, en verdad, tenia un aspecto y color tales que parecia quererme supurar la cara.

Estando en mi estudio, tuve continuamente visitas tanto para ver mis apuntes como para tener noticia de la excursion. A cosa de las cinco y media, hallándome solo, quise tirarme un rato en la cama con intencion de descansar un cuarto ó media hora á lo mas, y salir despues para hacer alguna visita; por lo mismo me tendí vestido y con todo y botas; pero, en lugar de despertar al cuarto ó á la media hora desperté á las seis de la mañana del dia siguiente.

